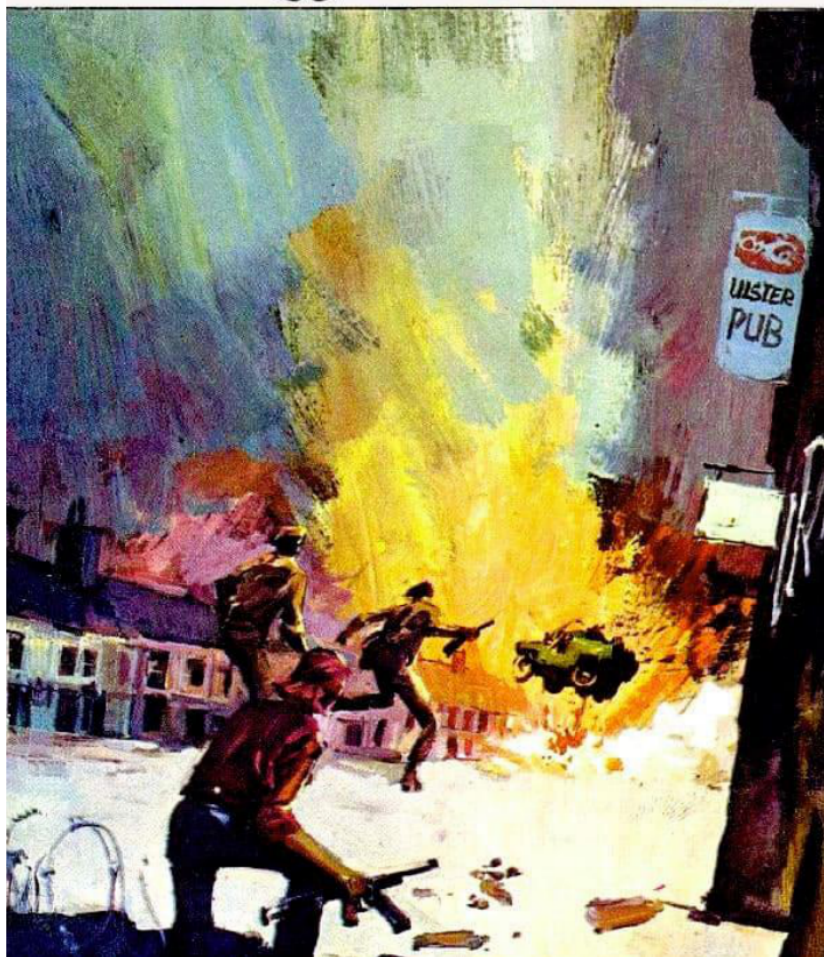


BOLSILIBROS
POLICIACA
SERIE
SERVICIO SECRETO

terrorismo en Irlanda

de **CURTIS GARLAND**



Ya había llegado. Aquello era Belfast.

No se puede decir que resultara particularmente acogedor, aquel viernes por la noche, cuando abandoné el barco en el muelle, amplio y silencioso.

Había llovido recientemente, y el suelo parecía charolado y negro, reflejando algunas luces, muy pocas, de trecho en trecho. Sobre la ciudad, el cielo era un apelmazamiento cárdeno de nubes. O mucho me equivocaba, o continuaría lloviendo aquella noche. Y en días sucesivos. La verde Irlanda tendría abundante humedad para sus pastos, evidentemente.



Curtis Garland

Terrorismo en Irlanda

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1272

ePub r1.0

Titivillus 10-12-2019

Título original: *Terrorismo en Irlanda*
Curtis Garland, 1974

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



SS

SERVICIO SECRETO



Belfast... Londonderry... El ejército republicano del IRA, los protestantes de Ian Paisley, el «domingo sangriento», las «ejecuciones» mutuas, la intolerancia religiosa en el Ulster, los maltratados derechos civiles de las minorías...

Todo eso está cada día en los rotativos, en los boletines radiados y televisados de cada jornada.

Ha empezado a sernos tan familiar, que es casi rutina.

Sin embargo, no debe olvidarse que, tras esa aparente rutina informativa, se esconde la lucha de muchos seres desesperados, las pasiones de unas gentes conducidas al extremismo por propia voluntad o por manipulaciones ajenas.

Y que, por todo ello, la sangre corre en el Ulster. La muerte reina en las calles, en los cinematógrafos, los almacenes, las tabernas o los locales de diversión de Belfast, de Londonderry o de cualquier otro punto de la caótica y sufrida Irlanda del Norte, la del *status especial federal*, dentro del Reino Unido.

La muerte, agazapada dentro de cualquier coche abandonado, o entre las ropas de un extremista, en forma de arma automática presta a vomitar una ráfaga de balas asesinas, o en forma de un artefacto explosivo que desparramará esa muerte brutal por doquier.

Eso es Irlanda del Norte, ésa es la cruda y terrible realidad, tras unas simples noticias de agencia o unos metros de celuloide en un noticiario...

Detrás de todo ello, siempre hay seres humanos. Siempre hay víctimas. Siempre hay sangre.

PRIMERA PARTE

WEEK-END EN BELFAST

CAPÍTULO PRIMERO

Ya había llegado. Aquello era Belfast.

No se puede decir que resultara particularmente acogedor, aquel viernes por la noche, cuando abandoné el barco en el muelle, amplio y silencioso.

Había llovido recientemente, y el suelo parecía charolado y negro, reflejando algunas luces, muy pocas, de trecho en trecho. Sobre la ciudad, el cielo era un apelmazamiento cárdeno de nubes. O mucho me equivocaba, o continuaría lloviendo aquella noche. Y en días sucesivos. La verde Irlanda tendría abundante humedad para sus pastos, evidentemente.

Pero a mí maldito lo que me importaban los pastos del Eire o del Ulster. Hubiese preferido una noche estrellada y menos fría, para pisar los muelles de Belfast, abandonando la cubierta del pequeño buque de cabotaje que me había llevado hasta allí. Las aguas del mar de Irlanda se mecían suavemente a mis espaldas, haciendo bambolear ligeramente las embarcaciones surtas en el puerto irlandés.

Agité mi mano hacia atrás, aunque no sabía si el afable y tosco capitán Carruthers estaría viéndome ya desde el puente de su embarcación. Era la despedida a un buen amigo y a un veterano marino, curtido en la navegación por todos los mares del mundo. Ignoraba si alguna vez volveríamos a encontrarnos, pero no podía desecharse esa posibilidad, cuando uno anda toda su vida recorriendo países y lugares, sin un rumbo demasiado fijo. El era, a su modo, un gran aventurero. Yo, al mío, también.

Miré alrededor, cuando pisé el suelo salpicado de charcos del embarcadero propiamente dicho, y estudié la hilera de oscuros edificios cuyas fachadas asomaban al mar y a los muelles. El ambiente portuario es igual en todas partes. Y sus colores también; el aire despidió eternos aromas a yodo, a salitre y a pintura.

Había algunas tabernas y pensiones, pero todas ellas cerraban herméticamente. Teniendo en cuenta que eran solamente las ocho de la noche, resultaba una hora demasiado temprana para tal

hecho. Pero aquello no era una ciudad cualquiera. Aquello era Belfast.

Y Belfast era Irlanda del Norte. E Irlanda del Norte..., bueno, era un sitio diferente a muchos otros sitios. De eso no me cabía la menor duda.

Hundí una mano en el profundo bolsillo de mi chaquetón azul marino, abotonado, y con el cuello subido por encima de los cabellos largos, a la moda. La otra mano sujetaba mi escaso bagaje: la bolsa de piel, cerrada con cremallera, que podía haber contenido un completo equipo de práctica deportiva, pero que, bajo su piel color marrón, con un distintivo olímpico, llevaba en realidad mis escasas pertenencias.

Eché a andar embarcadero arriba, en busca de alguna calle que me condujese al centro de la ciudad. Había una cercana parada, de taxis, pero no vi vehículo alguno en ella, de alquiler o privado. Todo el mundo parecía haberse evaporado de modo fantasmal en aquella ciudad silenciosa y oscura.

Mis pisadas resonaban huecamente en el asfalto mojado. Contemplé mi propia imagen, en forma de sombría silueta, reflejada en un charco. Una ventana brilló un momento, en alguna parte, con claridad macilenta. La busqué con la mirada, y llegué a tiempo de ver cómo se cerraban los postigos rápidamente, cegándola bien pronto. La calle continuó oscura y carente de señales de vida, como antes.

Continué mi camino sin inmutarme. Ya estaba en tierra, y no podía volver atrás. Por otro lado, tampoco era ésa mi intención. No estaba dispuesto en absoluto a retroceder, una vez iniciaba un camino, por difícil y arduo que fuese. Así lo había hecho durante toda mi vida, y así seguiría siendo, en Irlanda o en el infierno mismo.

Alcancé una esquina, y me dispuse a doblarla, con la percepción de un reflejo o claridad bastante próximo, más allá de mi visual directa.

Rápidamente, me eché atrás y me pegué al muro cuando apenas había asomado un ojo por el ángulo del edificio.

El vehículo militar rodaba lentamente, calle abajo. Hacia mí. Era un *jeep* con hombres armados en su interior. Había vislumbrado cascos de acero y metralletas. Posiblemente eran soldados británicos, de los destinados al Ulster para controlar —o intentarlo, cuando menos

—, la tensa situación reinante.

Me pregunté qué podía sucederme si me sorprendían por las calles desiertas. Era obvio que la ley marcial imperaba en la ciudad. Al toque de queda, todos volvían a sus casas y se encerraban en ellas. Tanto para evitar medidas severas de las autoridades militares, como para eludir posibles peligros, acechando en cada calle de Belfast.

El *jeep* militar se acercaba a la esquina donde yo me hallaba. Capté algunas palabras cruzadas entre sus ocupantes. Su acento no era irlandés, ciertamente. Eso corroboró mi idea inicial, de que me hallaba ante un grupo de soldados británicos, desplazados al Ulster para imponer una vacilante e insegura legalidad.

Seguí pegado al muro, entre un *afiche* cinematográfico y una inscripción subversiva, trazada con *spray* negro sobre la pared, insultando a los ingleses y a los protestantes extremistas. Resultaba paradójico sentirse entre aquellas letras desiguales y soeces, y aquellas bonitas piernas y busto de Rachel Welch, litografiadas a todo color.

El *jeep* inglés empezó a rodear la esquina. La luz distante, de la calle inmediata, proyectó sobre el asfalto mojado su larga y deforme sombra. El motor roncó cerca de mí, y los faros del vehículo barrieron las sombras, haciendo huir a un par de gatos de pelo erizado, entre unos montones de basura, con acre maullido.

Solamente un par de segundos más tarde, la luz de los faros me envolvió en claridad lechosa y deslumbrante. Una voz masculló en la sombra, más allá de los dos ojos cegadores de luz, fijos en mí:

—¡Eh! ¿Qué es eso? ¡Un hombre contra la pared! ¡Alto! ¡No se mueva, o disparamos...!

No me moví. Sabía que dispararían. Y sabía que se dirigían a mí. Me habían sorprendido. Estaba en poder del ejército británico. Ahora, veríamos lo que opinaban sobre mí, como ciudadano extranjero quebrantando las leyes marciales en curso en el territorio del Ulster.

Por desgracia, nunca supe lo que hubiera podido sobrevenir de tal situación límite. No hubo tiempo ni ocasión para ello.

Apenas si me habían encañonado con el arma, y descubrí las siluetas de los soldados ingleses, moviéndose en la penumbra, tras los dos redondos faros deslumbrantes, sucedió lo demás.

El infierno estalló salvajemente en las calles silenciosas de Belfast, en pueria noche.

El asfalto charolado pareció agrietarse y reventar, como si albergara un auténtico volcán debajo de su concreto. Con el suelo despedazado, saltó el *jeep*, desgarrándose, en un estallido de su depósito de combustible, que incendió metal y cuerpos humanos al unísono.

De la flamígera bola en que se convirtió el vehículo, saltaron llameando los restos humanos: cuerpos despedazados, mutilados horriblemente... Cascos, armas automáticas, jirones de uniformes...

Un explosivo había convertido al *jeep* y sus ocupantes en un verdadero caos de sangre, destrucción y muerte, justo ante mis propios ojos desorbitados.

Luego, reinó un silencio extraño y angustioso en la larga calle solitaria, húmeda y oscura. Crepitaban los restos de chatarra retorcida, entre la que asomaban cuerpos informes y destrozados. Las llamas lamían las ropas militares, con un fuerte hedor a gasolina, y contemplé, con horror, cómo se agitaba ante el bordillo de la acera, delante de mi propia persona, a menos de media yarda de mis pies, un humano miembro desgarrado, en los espasmos nerviosos que seguían a la muerte brutal y devastadora.

Cerré los ojos, con un resoplido. Nunca he sido un tipo demasiado impresionable. He visto cosas horribles en la vida. He estado entre los mercenarios del Congo, los *marines* de Vietnam y los voluntarios de las Naciones Unidas —¡hermosa y ridícula excusa de mi Gobierno por entonces, para justificar su intervención en asuntos extranjeros!—, en las tierras ensangrentadas de Corea, cuando casi era un niño. He conocido demasiadas cosas feas para impresionarme fácilmente.

Sin embargo, aquella noche en Belfast, llegué a sentirme impresionado hasta casi la náusea. Ni en Corea, ni en Vietnam, ni siquiera en el Congo, había llegado a descubrir un sangrante miembro humano, agitándose junto a mí, una vez desprendido del cuerpo al que pertenecía.

Inmediatamente de suceder esto, por un callejón oscuro, cuya desembocadura yo ni siquiera había advertido, allá al otro lado de la calle, emergieron dos motocicletas: una con sidecar, digna de un oficial nazi durante la Segunda Guerra Mundial, y otra moderna,

conduciendo cada una de ellas a dos ocupantes de oscuras ropas y cabezas envueltas en pasamontañas que utilizaban para enmascarar sus rostros.

Descubrí que llevaban subfusiles o pistolas automáticas de gran calibre. Detuvieron sus vehículos en la esquina, contemplando satisfechos el resultado de la masacre. Hablaron entre sí rápidamente, y luego uno de ellos emitió un silbido agudo, que repitió por tres veces más.

Pegado al muro, ahora nuevamente en la sombra, tras el destrozo del *jeep* cuyos faros me habían descubierto, asistía a la totalidad de la extraña escena nocturna.

Por la calle de donde surgiera el vehículo militar inglés poco antes, apareció ahora un automóvil negro, de anticuado modelo, rodando con celeridad. En la distancia, percibí una sirena estridente, señal de que la explosión había sido captada, y alguna patrulla acudía rápida al lugar del suceso.

Dos de los hombres enmascarados que llegaron en las motocicletas, se aproximaron al coche negro, que fue a frenar justamente en la esquina, a menos de cinco yardas de donde me hallaba yo. Contuve incluso el aliento, pendiente de todas sus acciones.

Pero no pude evitar el escuchar las palabras que cruzaba uno de los motoristas, el más alto de los dos que vinieran hacia la esquina, y cuyo pasamontañas tenía un color verde oscuro, casi pardo. Sobre la frente ostentaba un trébol, bordado en la lana de la prenda que le servía de máscara.

Un trébol...

Recordé. Un símbolo de la propia Irlanda.

Sus palabras, no completas, llegaban mientras tanto a mis oídos, pronunciadas con rapidez, con tono jadeante:

—... Esos cerdos..., que el diablo se ocupe de sus almas... Va a ser un rudo golpe a los ingleses... Sí, el artefacto estaba en el bordillo, justo en la esquina, junto a las basuras... Funcionó apenas lo tocaron, como esperábamos...

—Mañana habrá represalias, seguro... —Manifestó otra voz ronca, procedente del interior del automóvil oscuro, de viejo modelo, seguramente un. «Bentley» pasado de moda—. En cuanto a lo planeado para este fin de semana...

—Todo marcha perfectamente —replicó el enmascarado de la

motocicleta—. Van a ser unas fechas que no olvidarán fácilmente ninguno de ellos...

Hubo una breve risa contenida. Hubiera querido saber de qué lado estaban aquéllos, aunque no era difícil imaginar que pertenecían a uno de los grupos terroristas que asolaban el Ulster. Y por su odio a los ingleses, parecían encuadrarse dentro del Ejército Republicano de Irlanda, más conocido por sus siglas: el IRA.

Ellos eran católicos. Yo también. Pero, personalmente, no podía aprobar sus actividades, aunque fuese ajeno a los propios problemas irlandeses que, en realidad, me tenían perfectamente sin cuidado, salvo por su posible repercusión en mí mismo y en mis propios asuntos.

No podía olvidar que acababa de asistir al frío y deliberado asesinato de, cuando menos, cuatro o cinco miembros del ejército británico desplazado a Irlanda del Norte por causa de la situación en esa parte del Reino Unido.

Y sus asesinos estaban allí, ante mí, a menos de media docena de yardas, escasamente.

—Espero que nos veamos de nuevo, antes del gran «golpe» —habló el del automóvil, con tono satisfecho, mientras en la distancia aumentaba el volumen de la sirena al aproximarse.

—Seguro —afirmó el del pasamontañas bordado con el trébol simbólico—. Nos veremos. En la taberna de Fitzgerald. El sábado, a la hora convenida...

—Muy bien. Hasta mañana, entonces, en la taberna del viejo Fitzgerald... ¡Enhorabuena, y que continúe la buena fortuna!

—Por Irlanda libre —saludó, con un movimiento peculiar de su mano, el hombre del pasamontañas verde pardusco, apartándose del viejo coche, que comenzó a rodar calle abajo, con lentitud inicial.

En ese momento, sentí el gato entre mis pies. El maldito gato...

Sin querer, evoqué una vieja secuencia de una antigua película de grato recuerdo: *Él tercer hombre*... Allí, Harry Lime era descubierto inoportunamente por el maullido de un gato.

Lo mismo me sucedió a mí. Sólo que mi figura no era descubierta por un amigo, como le ocurría al personaje de Graham Greene, sino por un grupo de terroristas, ávidos de mantener el anonimato y la impunidad tras su crimen.

El gato había llegado de las basuras cercanas. Acaso captó en mí, en aquel ambiente hostil y dramático, una cierta debilidad afectiva hacia los animales, con ese raro sentido que poseen los irracionales. Lo cierto es que se puso sobre mi pie derecho, y maulló, frotando su cabeza rayada contra mi calzado.

El maullido, atrajo cierta indiferente curiosidad del compañero que, con el enmascarado del trébol en el pasamontañas, conducía la potente motocicleta. Y dirigió, de repente, su linterna hacia el suelo, buscando al gato.

Y, por supuesto, buscando al gato, me encontré a mí.

Rápidamente vi el halo de luz sobre mi bota. Luego, sobre el doblez de mi pantalón oscuro...

Intuí lo que iba a suceder.

Y, sin perder un solo instante, aparté de un suave patadón al gato, y eché a correr, sintiendo cómo retumbaban mis pisadas en el hueco ámbito de la larga calle vacía.

—¡A él! —aulló el que me descubriera—. ¡Debe ser un espía! ¡Un inglés o un irlandés del otro bando...!

Yo no sabía cuál era «el otro bando» irlandés, aunque tampoco me gustó que me comparasen con los extremistas fanatizados del reverendo Ian Paisley, el «papista» tristemente célebre del Ulster, que había pretendido ir más allá que su propia iglesia, en su despiadada lucha contra los católicos...

Pese a todo, seguí corriendo. A mis pisadas sonoras, se unieron las de otros dos hombres lanzados en pos mío. La sirena ululaba muy cerca, pero no lo suficiente aún como para disuadirles de la persecución.

—¡Alto! ¡Entréguese, o es hombre muerto! —me gritó una fuerte voz irlandesa.

Sabía que si me entregaba sí que sería hombre muerto. Y seguí corriendo hacia una cercana y, posiblemente, salvadora esquina.

No llegué a ella.

A mis espaldas, habló otra voz que no era la de sus bocas. Sentí el estampido detrás de mí. Una bala silbó junto a mis cabellos, perdiéndose en la noche. Tuve suerte esa vez.

Pero no en la siguiente ocasión. Hubiera sido pedir demasiado.

Hubo un nuevo estampido de arma de fuego. Y esta vez, sí.

Esta vez, la bala llegó a su destino. La sentí ardiente, mordiendo mi

cuerpo. Algo cálido y mareante me invadió. Perdí el equilibrio, me tambaleé.

Y, finalmente, me fui de bruces contra el negro brillante del asfalto mojado. Mi cara chapoteó en un charco.

Los asesinos enmascarados del Ulster, venían a la carrera hacia mí, para rematarme.

Si no estaba muerto, iba a estarlo un segundo o dos más tarde. Y esta vez, irremediablemente ya...

CAPÍTULO II

—¡Ha caído!

—¡Ya lo he visto! ¡Remátalo, pronto! ¡Que no escape con vida ese bastardo espía!

Tendido sobre el charco, giré la cabeza, viendo venir hacia mí a los dos enmascarados: el más bajo era el que se aproximaba a mí. El alto, el del trébol bordado en el pasamontañas, se quedó atrás, después de inducir a su compinche a que me asesinara fríamente, rematándome allí mismo, en el suelo.

Aunque me dolía la herida profundamente, intenté levantarme. Tenía que hacerlo, o moriría estúpidamente allí, sin posibilidad alguna de evasión.

Llegar a Belfast y morir, podía ser un bonito epitafio, escrito así en una tumba. Pero a mí, maldita la gracia que me hacía.

Era preferible continuar con vida, defender el pellejo, luchar contra quien fuese para continuar la existencia. Por mala que ésta fuese, siempre resultaría preferible a una muerte espléndida y gloriosa. Y esto último, ni siquiera iba a darse en aquel sacrificio estúpido y oscuro, en una calle cualquiera de Belfast, apenas unos instantes después de haber pisado suelo irlandés.

No tenía arma alguna a mi alcance. El buen capitán Carruthers me había advertido previamente de lo muy peligroso que sería aventurarse por Belfast en plena noche, llevando armas encima. Tal como estaban las cosas, deambular armado tras el toque de queda, podía significar la acusación por terrorismo, que implicaba el internamiento sumaráisimo, y quizá una pena de muerte, si las cosas iban por el peor camino.

A pesar de todo ello, lamenté ahora muy de veras haberle hecho caso, y no llevar encima un medio de defensa eficaz contra gente como aquellos dos siniestros enmascarados, que no tendrían demasiados escrúpulos en deshacerse de mí, como antes se habían deshecho de los soldados británicos.

La voluminosa pistola automática apuntó a mi cabeza. Desesperadamente, me revolví en el suelo, sintiendo que la sangre

corría por mi camisa, y pese al intenso puntazo de dolor que sentí en la herida, logré desplazarme sobre el asfalto.

Lo justo para que al llamear la pistola enemiga, la bala levantara fragmentos de ese mismo asfalto, a no más de cuatro o cinco pulgadas de distancia de donde ahora me hallaba yo. Y, justamente, donde estaba un momento antes.

Maldijo el enmascarado entre dientes, con ira, y trató de repetir el disparo. Pero en esta ocasión, algo alteró definitivamente sus planes, providencialmente para mí.

Por una esquina, emergió un vehículo blindado y rápido del Ejército británico, haciendo llamear un arma automática, que perforó la noche de fogonazos. El estrépito de sus detonaciones alarmó al tirador. Su compañero le gritó roncamente:

—¡Pronto, vámonos de aquí! ¡No hay tiempo que perder!

Retrocedió, disparando alocadamente contra mí y contra los ingleses. Los disparos de las armas automáticas británicas le persiguieron muy de cerca, mientras desaparecía con la motocicleta, acompañado de su compinche más alto, por la esquina donde poco antes asomara el viejo coche negro, ahora fuera ya de la escena.

Ya no tuve nada que temer, porque su disparo me pasó lejos, en la precipitación empleada para realizarlo.

Los ingleses, con su liviano vehículo blindado, se aproximaron adonde yo me hallaba tendido. Esta vez no podía moverme ni intentar eludirles. Suficiente tenía con saberme a salvo, cuando menos, de morir allí acribillado a mansalva.

Caí de bruces, fatigado por el dolor, vencido por el esfuerzo hecho para impedir que el asesino hiciera blanco en mi cuerpo con sus disparos. Ya no me moví. No hubiera podido hacerlo, aun deseándolo.

Sencillamente, me mantuve allí inmóvil, jadeante, mientras del vehículo saltaban a tierra varios hombres de uniforme, con cascos de acero y subfusil. Me rodearon, y les oí hablar en inglés, sin el peculiar acento suave de los irlandeses. Por una vez, agradecí ese cambio en las voces. Nunca hubiera pensado que fuese así, pero las circunstancias mandaban.

Sentí que me alzaban cuidadosamente, tras un examen superficial de mi herida. Alguien dijo que me taponaría hasta llegar a un lugar donde poderme curar. Pero que, por fortuna, la herida distaba

mucho de ser grave.

Era un alivio. Tal vez no era grave, como ellos decían. Pero lo cierto es que sentí un repentino sopor, una extrema debilidad... y perdí la noción de todo, apenas me pusieron sobre una camilla plegable que llevaban consigo en el vehículo, conduciéndome a éste, para mi traslado a alguna parte más segura que las violentas calles de Belfast.

* * *

El contraste con la oscuridad de las calles, resultó más notable al despertar.

Me rodeaba una claridad intensa, realzada por el blanco esmalte de la cama y por el mismo color en paredes y puertas. El establecimiento sanitario no era muy amplio ni muy moderno al parecer pero, cuando menos, ofrecía limpieza y luz.

Erguí mi cabeza, notando un leve mareo. Cerré los ojos, respirando con fuerza antes de abrirlos de nuevo para contemplar a mis acompañantes.

Eran dos: una mujer de mediana edad, con uniforme de enfermera, y un soldado británico, armado solamente con la pistola a su cintura. Ambos me miraron atentamente, con fría curiosidad, cuando recuperé la noción de las cosas.

—¿Se encuentra bien? —indagó la enfermera.

—No sé —confesé. Torcí el gesto—. Noto dolor en la cadera, en la izquierda. Pero eso es todo.

—Tuvo mucha suerte. La bala le atravesó la carne de lado a lado, sin alojarse en el interior. Además, no le provocó daños serios, salvo la pérdida de sangre y la herida en sí. Dentro de poco estará como si nada hubiera sucedido.

El soldado me estudió con atención, arrugando su ceño. Había un teléfono junto a mí, sobre una mesilla. Lo tomó, marcando un número interior. Cuando le respondieron, habló escueto, sin dejar de mirarme:

—Sí, señor. Ya se ha recuperado. Parece que está bien. No sé si soportará un interrogatorio, pero su aspecto es bueno... Entendido, señor —y colgó, sin que su rostro enjuto reflejase la menor emoción.

Se pasó una mano por los cabellos castaños, muy claros, y se acomodó de nuevo en su asiento, sin cruzar palabra conmigo. La enfermera me tomó el pulso, antes de administrarme una inyección. —No se asuste —dijo, al ver mi gesto—. Es sólo un sedante, mezclado con antibióticos.

Hay que prevenir toda infección, además de suavizarle el dolor.

—¿Llevo mucho tiempo aquí? —quise saber.

—Unas horas —suspiró ella, consultando su reloj con un encogimiento de hombros—. No muchas. Es usted fuerte. Se ha recuperado pronto.

—¿Cuántas, exactamente?

—Cuatro —sonrió—. Son las doce y media largas. Debería descansar ahora nuevamente. Le hará bien.

—Espere —cortó el soldado secamente—. El mayor quiere interrogarle.

—¿Ahora? —Se inquietó la enfermera—. Es demasiado prematuro. Tal vez el doctor no...

—El doctor acepta lo que diga el mayor —atajó el soldado—. Recuerde que varios de nuestros compañeros han muerto esta noche, víctimas de un brutal atentado. El mando está furioso. Ese hombre estaba cerca de donde tuvo lugar el suceso. Puede que sepa algo... o puede, incluso, que forme parte del grupo asesino.

—¿Yo? —Hice un ademán elocuente—. Soldado, esa gente estuvo a punto de liquidarme también a mí.

—Oh, claro. Pero pudo ser para que no le capturásemos vivo. Después de todo, su herida la produjo una bala de arma reglamentaria en nuestro Ejército.

—¿Y eso qué significa? No era ningún soldado quien me disparó...

—Tal vez no. O tal vez sí. Muchas de nuestras armas han caído en poder de los terroristas irlandeses. Pero tendrá que ofrecernos más garantías de que los autores de la emboscada a nuestra patrulla eran realmente enemigos suyos. ¿Es usted protestante?

—No —negué—. Soy católico..., pero no irlandés, por supuesto.

—De modo que no es irlandés —parecía haber cierto escepticismo en la voz del soldado.

—Diablo, claro que no. ¿Es que no se me nota? Soy ciudadano americano.

—Un americano en Belfast... —dudó el soldado—. Sí, su acento

parece confirmarlo, pero eso puede imitarse.

—E incluso puede ser un americano, como ha dicho..., pero venir a sueldo de alguien —sonó una voz, fría y ruda, desde la puerta de la habitación donde me hallaba internado.

Miré en esa dirección. El soldado se puso en pie, cuadrándose militarmente. El hombre que pisaba el umbral, entró, haciendo un gesto a su subordinado para que tomara una posición de descanso. Era alto, marcial, enjuto y solemne. Vestía uniforme militar británico, con los distintivos de mayor. La gorra cubría sus cabellos canosos. Un bigote digno de un auténtico oficial de las guerras coloniales británicas, adornaba con blanco ribete su boca apretada, de labios delgados y duros.

Se aproximó a mi lecho, contemplándome con unos ojos grises y helados, que nada amistoso expresaban. Nos miramos mutuamente, con fijeza. Sin ninguna mutua simpatía, ésta es la verdad.

—Perdone —dije con calma—. Temo no haberle entendido, mayor. ¿A sueldo de quién, si puede saberse?

—De cualquiera: católicos o protestantes, eso está por ver. Son dos facciones igualmente fanáticas. Defienden distintos postulados, más sociales y políticos que realmente ideológicos. Los protestantes simpatizan algo más con nosotros, pero no mucho. Los católicos tienen a su lado una fuerza altamente peligrosa, como es la de las fuerzas del IRA, que odian todo lo inglés, para exaltar únicamente sus principios de independencia total irlandesa.

—No sabía que hubiera mercenarios en esta contienda —repliqué secamente.

—No los hay, por regla general. Pero si alguno de ellos logra la colaboración de un extranjero, experto en explosivos o en cosas semejantes, no duda en recaudar fondos para pagar los servicios de ese técnico a sueldo, ¿va entendiendo?

—Sí. Pero insistí: no tengo nada que ver con sus problemas malditos, mayor. Acabo de llegar a Belfast, y los conflictos irlandeses me tienen sin cuidado.

—Entonces, ¿qué hace aquí? ¿Por qué un ciudadano norteamericano, se halla en Irlanda del Norte? Supongo que no será un fin de semana placentero lo que busca aquí...

—Evidentemente, no. Soy un americano con sangre irlandesa en mis venas —suspiré—. Mis abuelos fueron de esta tierra, y emigraron a

América. He estado recientemente en Europa, y no quise volver a mi país sin conocer el de mis antepasados. Empiezo a creer que pude ahorrarme la molestia.

—¿Cuál es su nombre?

—Neil Cosby —dije.

—¿Natural de...?

—Nueva York —aclaré.

—¿Y su documentación, señor Cosby?

—¿Cómo? ¿No han encontrado en mi equipaje? —Me inquieté.

—Ni siquiera tenemos equipaje alguno de su propiedad —negó el soldado, cambiando una mirada con su superior—. ¿Dónde lo dejó?

—Estaba conmigo en aquella calle, cuando escapé, herido... Debí caer...

—Avisaré, por si pueden recuperarlo —el soldado movió la cabeza de un lado a otro, dubitativamente—. Pero dudo que ello sea sencillo...

—Búsquelo, sin embargo —pidió el mayor, ceñudo. Me miró, pensativo, añadiendo una pregunta—: ¿De qué modo llegó a Belfast, señor Cosby?

—Por mar, mayor.

—¿Cuándo?

—Esta misma noche.

—¿Debo entender que... clandestinamente? —puntualizó él, con agudeza, entornando sus grises y frías pupilas.

—Sí, señor —afirmé—. Debe entenderlo así... Me hubiera presentado a las autoridades irlandesas, de todos modos. No pretendo vivir aquí de modo clandestino, pero llegué a bordo de un buque de cabotaje y...

—Entiendo. Su posición, señor Cosby, es sumamente sospechosa. Y se hace más difícil por momentos.

—Le aseguro que no es lo que imagina. Nada tengo que ver con ustedes ni con bando alguno del Ulster.

—Señor Cosby, dejemos eso ahora. Hábleme del atentado en que fue destrozado un vehículo nuestro, y asesinados los miembros de una patrulla —pidió con gravedad el militar—. ¿Lo presencié usted?

—Sí —suspiré.

—Bien. Cuénteme lo sucedido. Sin omitir detalle.

Se lo conté. Pero, sin saber la razón, me callé un indicio: la mención

de la taberna de Fitzgerald, que uno de los enmascarados terroristas había hecho.

Me escuchó con interés, pero con evidente escepticismo. Enarcó las cejas canosas, al replicar:

—Señor Cosby, ¿podría reconocer a alguno de los hombres que vio en esa calle?

—Difícilmente podría hacerlo, mayor —suspiré—. Estaba todo oscuro. Y ellos se cubrían con pasamontañas bajados sobre el rostro... Ah, uno de ellos llevaba algo... Un trébol bordado en su prenda, sobre la frente...

—¡El trébol! —jadeó el mayor, apretando los labios con expresión malhumorada—. Tenía que ser él...

—¿Eso significa algo? —quise saber.

—Si tiene sangre irlandesa en sus venas, debe saber que el trébol es un símbolo de Irlanda, señor Cosby.

—Sí, pero ¿qué representa para usted? ¿Quién es el que lleva ese trébol?

—Lord Dick —dijo el mayor.

—¿Lord Dick? —repetí, perplejo—. Ese nombre suena a inglés, no a irlandés...

—Se lo han puesto mis hombres —dijo con amargura el mayor—. Le han visto en repetidas ocasiones algunos testigos, incluso soldados nuestros malheridos, que no pudieron capturarlo. Es un asesino, un maníaco de la violencia. Lo destruye todo. Está junto a los católicos, aunque a veces hemos llegado a pensar que se alineaba con los protestantes, por un posible error de apreciación en algunos testigos... Alguien le apodó Lord Dick, no sé el motivo, y con ese nombre se quedó. Ahora, incluso los irlandeses le denominan ya así, según creo... Es un asesino, no un patriota ni un idealista. Mata fría y deliberadamente, sin el menor sentimiento de humanidad hacia sus víctimas.

—Sí, he podido darme cuenta de ello —suspiré—. Ordenó mi ejecución, al verme herido en el suelo. Se ve que no le gusta dejar testigos con vida tras de sí.

—Puede que usted me esté diciendo la verdad, señor Cosby —habló calmoso el militar inglés—. Pero como responsable de las vidas de mis hombres, brutalmente sacrificadas por los que mantienen esta estúpida guerra en el Ulster, debo tomar mis medidas, y éstas serán

lo más severas posibles, para impedir cualquier trágico error. Señor Cosby, en tanto se aclara su situación, y sabemos a qué atenemos con respecto a usted, le notifico que va a ser conducido desde aquí a un calabozo, apenas esté en condiciones de ello, para aguardar allí los resultados de una investigación sobre su persona.

—¿Encarcelado? ¿Yo? ¿Por qué motivo, coronel? —me quejé—. No he cometido delito alguno, acabo de decirle la verdad, he intentado colaborar con ustedes, como testigo que fui de lo sucedido, y...

—Lo lamento mucho. No tengo otra salida. En principio, las autoridades irlandesas harían lo mismo con usted, al margen de mi decisión personal, por haber entrado clandestinamente en territorio del Ulster. Si cuanto me ha dicho es verdad, no tendrá nada que temer, se lo garantizo, señor Cosby.

—No me gusta la idea de verme en una celda. Es una medida injusta, señor.

—Injusta o no, es la única a tomar con usted. Será mejor que no intente nada por el momento. Esta noche la pasará aquí. Mañana, será conducido en las debidas condiciones, y seguirá recibiendo en su celda el tratamiento médico necesario. Soldado, siga vigilando.

—A la orden, señor.

—Dentro de un par de horas, vendrá otro soldado a relevarle —dijo, saliendo de la estancia, con un seco saludo castrense.

Me quedé desalentado, y dejé caer mi cabeza en la almohada. La enfermera me estudiaba con disgusto.

—No deberían trasladarle tan pronto a una celda —protestó—. El mayor Nichols es demasiado duro con usted.

—Lo es con todo el mundo, enfermera —avisó el soldado—. Está obligado a serlo. Recuerde que hemos venido aquí desde nuestros hogares para intentar poner paz en el Ulster. Y los naturales del país, sean quienes sean, nos pagan eso con atentados, emboscadas y agresiones criminales. ¿Qué haría cualquier otro en lugar de nuestros jefes, cuando se tropiezan con alguien cuya situación no aparece demasiado clara?

—Quizá tenga razón, soldado —murmuré, de mala gana—. Pero repito que no me gusta nada verme en una celda... precisamente porque no será la primera vez que me encuentre entre rejas, y eso nunca es agradable...

Cerré los ojos, con abatimiento, y traté de dormir. El sedante me

ayudó a ello. Pronto reposaba, profundamente dormido, pese al disgusto que las palabras del mayor Nichols me habían producido.

* * *

Cuando desperté, la enfermera se había ausentado de la estancia. La luz seguía siendo muy blanca, pero sólo de una lámpara lateral, menos cruda y cegadora.

Al lado del lecho, un soldado diferente montaba guardia. Pero evidentemente, el silencio y quietud del establecimiento sanitario, habían hecho mella en él. Estaba adormilado en su asiento, la cabeza contra la pared. Su reloj de pulsera marcaba las cinco menos veinte de la mañana.

Me erguí en el lecho. Ni un solo chirrido produjo éste, cuyos muelles del somier se hallaban, sin duda, perfectamente engrasados. Contemplé al soldado. La herida me dolió, pero no demasiado intensamente. Traté de despejar un poco mi cerebro. Alejé los últimos vestigios de sueño.

Sobre la mesilla había unas tabletas calmantes. Leí en su etiqueta que no producían somnolencia. Las tomé con rapidez, en su pequeño frasco. Ingerí dos de ellas sin perder tiempo, fija siempre mi mirada en el soldado. Seguía adormilado.

Pero un instante más tarde, vi que se movía ligeramente. Rápido, cerré mis ojos y fingí reposar en mi lecho, profundamente dormido. A través de mis párpados entrecerrados, le vi erguirse, examinarme atentamente y, con un suspiro de alivio, volver a echarse atrás, quedándose pronto inmóvil. Su respiración se hizo pausada, profunda. No tenía nada que temer de mí, y eso le daba confianza para dormir durante su vigilia. Si el mayor Nichols llega a sorprenderla de ese modo, la cosa hubiera sido grave para él.

Sonreí. Me erguí lentamente. Esperaba que mi herida no hubiese reducido mi fuerza física, en especial cuando aplicaba cierta clase de golpes de técnica oriental, aprendidos en Vietnam y en Corea.

Me incliné rápido sobre el soldado. Mi mano abierta le pegó secamente tras la oreja. Si llegó a despertar, no supo lo que sucedía. Cayó como un fardo, hacia adelante. Lo tomé en mis brazos y, aunque sentí un calambre doloroso en el costado herido, pude echarle en el lecho.

Lo que siguió, fue vertiginosamente rápido. Una verdadera lucha contra el reloj. Le desvestí totalmente, le puse mi blanca bata corta de enfermo, y yo me apresuré a ponerme sus ropas. La operación me llevó un par de minutos angustiosamente largos. Si la enfermera o cualquier otro soldado entraban en la estancia, todo se habría echado definitivamente a rodar.

Mi reloj de pulsera estaba sobre la mesilla. Su vidrio aparecía agrietado, y paralizadas sus agujas. Estaba inutilizado, sin duda al caer en la calle. O quizá le alcanzó alguna piedrecilla arrancada por las balas. Lo cierto es que no me servía de nada. Tomé el reloj del soldado, me lo ajusté a la muñeca y, uniformado impecablemente, con la confortable proximidad de la pistola en su funda del costado, me sentí ya otro hombre.

Salí al corredor, que se mostró largo y desierto. Cerré cuidadosamente la puerta tras de mí, y avancé corredor adelante, con toda naturalidad, siguiendo la dirección de una flecha que, en el muro, indicaba la salida.

Me crucé con un enfermero del servicio de noche, en el rellano donde se veía el arranque descendente de una amplia escalera. Me miró, curioso.

—Eh, soldado, ¿no está usted al cuidado de ese hombre sospechoso, el de la habitación número 27? —me preguntó.

—Sí —dije escuetamente—. He terminado mi turno. Ya me ha suplido un compañero.

Bostecé, con una sonrisa, saludándole. El enfermero se alejó, sin sospechar nada. Bajé la escalera. Avancé hacia la puerta de la calle... Se me heló la sangre en las venas.

Un *jeep* militar inglés bloqueaba la salida, frente a la acera y la puerta principal del hospital irlandés. Dos soldados aparecían sentados dentro. Otro, fumaba en pipa, sentado en el estribo. Todos llevaban casco y metralleta.

Por aquel lado, era peligroso salir. Cabía la posibilidad de que conocieran al soldado de guardia, y descubriesen la superchería. De modo que di media vuelta, crucé el vestíbulo sin prisas, pasando ante una enfermera de servicio en la centralilla telefónica, a la que guiñé un ojo, antes de desaparecer por una puerta oscilante, sobre la que se leía:

«SERVICIOS SANITARIOS DE URGENCIA. AMBULANCIAS Y ENFERMEROS DE SERVICIO».

—¿Adónde va, soldado? —me preguntó ella, a espaldas mías, sobresaltándome.

Sin apenas volverme, respondí:

—Es una orden del coronel Nichols. Para los enfermeros de turno...

No sabía si podía ser válida la excusa, pero resultó. Ella no preguntó más, y yo pasé a un corredor desierto, por el que me precipité con la mayor celeridad posible, hasta alcanzar una sala destinada a camillas, material sanitario y uniformes de enfermeros.

Me puse rápidamente una bata blanca y un gorro sobre el uniforme inglés, y pasé a otra sala en la que se leía, sobre otra puerta:

«SALIDA DE SERVICIO AL PATIO DE AMBULANCIAS».

No perdí tiempo en abandonar el edificio por ese punto. Pero hubo problemas en el patio, amplio y ocupado por cuatro vehículos, no demasiado nuevos, con la cruz roja de sanidad pintada sobre su blanca carrocería.

Un enfermero de servicio se volvió, dejando de leer un magazine ilustrado, para contemplarme con sorpresa. Mis botas militares, el color del uniforme bajo la bata blanca, debieron despertar sus sospechas. Se incorporó, avanzando hacia mí.

—Eh, ¿tú? ¿Quién diablos eres y qué haces aquí? —empezó a interrogarme, receloso.

Salté sobre él. No perdí tiempo en intentar engañarle, entre otras cosas porque me temía que no iba a ser nada fácil conseguirlo. De modo que le atacué de modo directo e inmediato, jugándomelo todo a aquella carta.

Evidentemente, le sorprendí. Era fuerte y robusto, pero mi ataque le tomó por sorpresa y, por añadidura, pude conectarle un seco golpe de karate que le abatió con un sordo gruñido, medio inconsciente.

Cuando caía, le descargué otro golpe contundente en la nuca, y se quedó quieto e insensible a mis pies. Respiré hondo. Tuve la idea de tomar una ambulancia, pero para ello debía abrir antes una amplia puerta, al fondo del patio. Sin embargo, para salir por mi propio pie, había una puertecilla lateral, entreabierta, al otro lado de la cual, se veía la oscuridad de la calle. El exterior. La libertad...

Tal vez hubiera tomado la ambulancia, como medio más rápido y seguro de alejarme de allí. Pero en ese momento sucedió algo que me hizo decidir a todo lo contrario: arriba, súbitamente, en alguna parte de la clínica, sonó un agudo grito de mujer. Luego, voces de hombre, y estrépito de vidrios.

Era obvio que acababa de descubrirse el engaño. Alguna enfermera encontró al soldado en mi lugar, y éste se ocupaba ahora de llamar la atención ruidosamente, para evitar mi evasión definitiva.

Eso me decidió. Renuncié a cualquier clase de vehículo. Me precipité hacia la puerta lateral, y salí por ella, velozmente, lanzándome a la carrera en plena noche.

Recorrí tres callejuelas no muy anchas ni largas, a toda velocidad, moviendo mis piernas con la rapidez que mi herida me permitía. Ahora empezaba a dolerme más intensamente, pese a las tabletas calmantes, a causa del esfuerzo realizado.

Me detuve un instante, con un jadeo. Escuché. No me gustó lo que llegó a mis oídos. Un motor rugía con fuerza. Por encima de él, ululaba una sirena.

Un coche-patrulla... Recordé el *jeep* aparcado ante el hospital. No había duda. Ellos eran los que emprendían la persecución, imaginando en qué zona de la población y de aquel sector debía hallarme, por el tiempo transcurrido desde mi fuga.

Ellos, mejores conocedores que yo del terreno que pisaban, tenían todas las ventajas de su parte, por mucho que me esforzase.

Eché a correr nuevamente, tratando de burlarles de modo desesperado. Si ahora caía de nuevo en manos de los soldados ingleses, mi situación iba a ser infinitamente más difícil que antes. El mayor Nichols sería inflexible conmigo, tras haber intentado la escapada. Esto mismo era lo que en estos momentos podía acusarme con más fuerza, y convertirme en alguien altamente sospechoso, a ojos del ejército británico destacado en el Ulster.

Sacando fuerzas de flaqueza, corrí y corrí en la noche, por el dédalo de callejuelas de aquel distrito de Belfast que me era por completo desconocido. Lo malo es que, como una pesadilla, el motor de coche y el aullido de la sirena seguían sonando obsesivamente en mis oídos, y tenía la inquietante sensación de que nunca se distanciaban de mí lo suficiente...

Doblé una esquina, casi sin aliento, para continuar huyendo... ¡y un

par de faros me deslumbraron, bañándome en blanquísima luz deslumbrante, al tiempo que toda la calle retumbaba con el agrio chirrido de la sirena!

—¡Allí está! —gritó una voz—. ¡Es él!

—¡No disparéis! —añadió alguien—. ¡Cazadle vivo...!

El *jeep* rodó hacia mí como un maligno monstruo en la noche. Supe que todo era inútil.

Pretendiendo huir de ellos, había ido a su propio encuentro, como un necio. Pese a todo, aún luché, aunque mis fuerzas me abandonaban. Giré sobre mis talones, jurando con rabia, y volví la esquina de nuevo, buscando la salvación en la callejuela que se abría ante mí, tan oscura y hostil como todas las demás.

Detrás mío, rodaba el *jeep*, y pronto rodearía la esquina, estrechando el cerco sobre mí, de modo inexorable. Sabía que estaba luchando en vano. No tenía escapatoria posible.

Mis pisadas resonaban huecas y sonoras en el asfalto mojado de la angosta calleja. Pasé junto a carteles publicitarios, pasquines de propaganda política, inscripciones soeces o insultantes para ingleses, protestantes o católicos indistintamente...

También pasé junto a un portal sombrío, profundamente oscuro. Y de él salió de repente aquel brazo, aferrando una mano el mío. Una voz jadeó en la sombra:

—¡Por aquí, amigo! ¡Pronto, sígame sin perder tiempo!

Miré la mano enguantada que oprimía mi brazo. No podía ver más de aquella persona, sumergida en las tinieblas del portal. Pero mis vacilaciones, forzosamente, habían de ser breves.

No sabía con quién me las había, ni qué persona pretendía ayudarme. Pero sí sabía que a espaldas mías estaban los hombres que pretendían encarcelarme, y cualquier cosa era, mejor que eso. Miré atrás.

La luz de los faros ya se veían por la esquina, iluminando indirectamente un muro. Sólo dos o tres segundos más, y el *jeep* militar doblaría esa esquina...

No dudé. Entré en el portal oscuro de un salto. Alguien respiró hondo cerca de mí, como con alivio. Una mano cerró la hoja de madera del portal. Una oscuridad absoluta me envolvió. Sentí una respiración humana cerca de mí. La mano seguía aferrando mi brazo.

—¿Quién eres? —quise saber roncamente.

—No es tiempo de hablar —susurró el desconocido—. No aquí. Los soldados rodearán pronto esta zona, revisando casa por casa. Vamos, hay que ponerse a salvo lo antes posible. Sígueme y no preguntes.

En la profunda sombra, centelleó fugazmente un delgado rayo de luz rojiza. Una lámpara eléctrica pequeña, y de vidrio rojo. Suficiente para moverse en la oscuridad, y difícil de descubrir desde el exterior.

Afuera, en la calle, rodaba el *jeep*, entre el alarido de la sirena. De repente, se oyó el chirriar de frenos. Hubo voces, imprecaciones sonoras.

—¡Vamos! —siseó mi providencial salvador—. El tiempo apremia... Seguí al extraño y desconocido «amigo» de las tinieblas. Ignoraba adónde me conduciría y por qué. Si para mí eran personas absolutamente extrañas las que pudieran estar ayudándome en este trance, en buena lógica también yo lo tenía que ser para ellos.

Y, sin embargo...

Sin embargo, estaba avanzando ahora a través de la oscuridad, a través de lo ignorado, por un terreno que desconocía totalmente, tanteando en pos de la persona cuya silueta apenas si lograba entrever de vez en cuando, recortándose contra los reflejos rojizos de la lámpara, por un corredor o pasadizo muy largo, que luego se convirtió en una especie de galería con un lado encristalado, de vidrios polvorientos. La lámpara roja fue apagada y, a la débil, difusa claridad procedente de alguna calleja cercana, que se filtraba por esos vidrios, sucios y abandonados, nos movimos mi misterioso compañero y yo hasta encontrar lo que parecía un patio angosto, de techo encristalado por una claraboya tan sucia como los vidrios anteriores.

Allí nos detuvimos. Mi acompañante se inclinó sobre unas baldosas, y movió dos de ellas alzándolas. Asomó una argolla metálica debajo. La aferró, tirando de ella.

Se abrió una trampa, con parte de las baldosas exteriores. Me hizo pasar, con una orden susurrada. Obedecí. El puso las baldosas sobre la argolla, ajustándolas, y me siguió, por unos escalones murales, cerrando encima de nuestras cabezas.

Llegamos al fondo, tras contar mentalmente yo un total de veinte

escalones. Debía de ser bastante profundo. Ese sótano no fue, como yo esperaba, el destino final de nuestro viaje en las sombras.

—Sube —ordenó mi acompañante, en un momento determinado. Y su roja luz iluminó el muro húmedo, revelando la presencia de otros escalones ascendentes.

Obedecí, y otra trampa, en lo alto, nos dejó paso a un corredor débilmente iluminado por una bombilla con papel celofán rojo envolviéndola.

Un hombre nos recibió. Llevaba boina oscura, suéter de lana y fusil ametrallador entre las manos. Nos encañonó sin contemplaciones. A mi espalda, mi compañero habló con sequedad:

—Irlanda, patria y hogar. Por nuestra fe y nuestro derecho.

—Así sea, hermano de la dulce Eire —respondió el de la ametralladora—. Pasad.

Evidentemente, era la consigna prevista. No hubo problemas. Nos abrieron una puerta y al fin me vi en una estancia iluminada, sin ventanas ni otra abertura que la puerta utilizada.

Tres hombres nos aguardaban allí. Todos ellos vestían ropas civiles, y eran jóvenes: muchachos de rostro despierto y nerviosos ademanes. Un pelirrojo y dos morenos. Irlandeses todos, sin duda alguna.

En el muro, un pasquín con frases alusivas a una Irlanda libre y unida. Se veían cadenas con la Union Jack, como simbolismo de la opresión británica sobre el Ulster. Un cartel rezaba en otro lado, como divisa:

**«DERECHOS CIVILES PARA TODOS. Y TODOS POR UNA
IRLANDA LIBERADA DEL EXTRANJERO OPRESOR».**

Evidentemente, pensé apenas me vi allí, había ido a parar a una madriguera de los católicos irlandeses, los seguidores de las doctrinas de Gerald Fitt, diputado católico del Ulster.

También, quizá, podía ser un cuartel de fuerza del IRA, o Ejército Libre de Irlanda. De cualquier modo, enemigos de los protestantes de Ian Paisley.

—¿Quién es él? —preguntaron, al verme aparecer.

—El americano que capturaron los ingleses esta noche, tras el atentado a su patrulla, en las proximidades del puerto —dijo la persona que me había traído hasta aquel lugar tan alejado de la

amenaza de los soldados ingleses del mayor Nichols—. Escapó del hospital, y era perseguido por los soldados.

Me volví, al notar cierto extraño timbre en la voz de mi inesperado camarada de la noche. Ahora que no hablaba en voz baja, su tonalidad había experimentado un raro cambio y, dominando mi sorpresa, comprobé la causa de ello. Era una mujer.

CAPÍTULO III

Una mujer, y muy joven. Muy atractiva también, incluso vestida de aquella forma.

Usaba suéter y pantalón varoniles. También sus botas eran de hombre. Llevaba guantes en sus manos, acaso para ocultar en la calle su auténtico sexo ante cualquier mirada demasiado inquisitiva. Se cubría los cabellos, recogidos en la nuca hábilmente, con una boina color azul marino. Era pelirroja, y tenía los ojos pardos. Una auténtica irlandesa, pensé para mis adentros.

Podía tener veintidós o veinticuatro años; pero no más. Tenía una estatura relativamente alta para mujer, y su figura, pese a las ropas varoniles, no se mostraba exenta de muy femeninos alicientes físicos. Observé que, bajo la gruesa lana del oscuro suéter de cuello alto, se dibujaban unos pechos juveniles y firmes. Su pantalón de pana oscura, no lograba disimular la curva de sus caderas.

—¿Sorprendido? —sonrió ella con cierta ironía, mirándome fijamente.

Asentí, sin dejar de estudiarla.

—Un poco —admití—. No esperaba encontrar mujeres metidas en esto.

—Soy irlandesa —declaró con orgullo—. Ésta es una lucha que nos afecta a todos.

—Sí, entiendo. Pero yo no soy irlandés. ¿Por qué me has sacado del atolladero?

—Todo el que es perseguido por los ingleses, es amigo nuestro —señaló ella, enfática.

—Ten cuidado, Irish —dijo uno de los jóvenes allí presentes—. Podría ser una aña-gaza, un medio de meternos un espía entre nosotros...

—Ya se me ha ocurrido, pero ellos harían eso con un inglés o un irlandés, no con un americano... —rechazó vivamente la joven guerrillera de Ulster.

—¿Quién te asegura que yo sea, realmente, americano? —repliqué a mi vez, irónico.

—Eso —dijo ella, señalando a un punto de la estancia.

Miré en esa dirección. Me llevé un sobresalto.

—¡Mi bolsa de viaje! —exclamé, asombrado—. Cielos, la tienen ustedes... Por eso no la halló el mayor Nichols...

—Hemos examinado tus documentos —prosiguió la joven—. Son auténticos. También hemos visto que llevas un arma escondida en el fondo de la valija: una «Beretta» calibre 32...

—A veces, conviene llevar un arma —suspiré—. Mi vida no ha sido nunca un lecho de rosas precisamente.

—Lo imagino —asintió ella fríamente—. He visto algunas de tus cosas: estuviste en Corea siendo casi un niño. Y en el Congo, en Vietnam... No duraste mucho en ninguno de esos sitios.

—Porque no me parecía justo lo que allí estaba sucediendo —confesé—. Es difícil luchar por algo que no es justo.

—Supongo que sí, pero tú debiste ser mercenario en el Congo, ¿no es cierto?

—Pensé que podría serlo. Lo dejé pronto. Era una causa indigna.

—Podrías estar mintiendo. Y haber venido aquí como mercenario... de Su Majestad —acusó uno de los rebeldes católicos, mirándome acusador.

Podría ser cierto, sí —admití—. Pero no tuve nunca noticia de que Su Majestad contratase mercenarios para el Ulster...

—Es mejor que calles, Kirk —le replicó la mujer llamada Irish con acritud—. Este hombre tiene razón. Nada nos asegura que haya mercenarios en Irlanda. Recuerda que los protestantes nos acusan a nosotros también de haberlos contratado... y que yo sepa, nunca vi un solo extranjero a sueldo militando en nuestras filas.

Yo la estaba estudiando con aire pensativo. Era una mujer llena de energía, de vitalidad, de autoridad incluso. Sus compañeros la respetaban. Eso resultaba evidente.

—Eres tremendamente irlandesa —comenté—. Incluso en tu nombre... Te llamas realmente Irish, ¿no es cierto? [1].

—Sí, ése es mi nombre auténtico. Soy una irlandesa de sangre y de espíritu, no lo dudes. No vacilaré en dar mi vida por este país en que nací. Y quizá tú lo entiendas, en cierto modo. Vi que procedes de Irlanda, a través de tu familia...

—Mis abuelos eran irlandeses. No llegué a conocerlos, pero he sabido de este país a través de mis padres —hice un gesto de

indecisión—. Sin embargo, os voy a ser tremendamente sincero: vuestra guerra me tiene sin cuidado. No estoy con vosotros ni en contra vuestra. No estoy a favor de los ingleses, ni tampoco contra ellos, quede esto bien claro. Sencillamente, he sido hasta ahora un poco juguete de las circunstancias, y nada más.

—Tu sinceridad me parece muy inteligente —asintió Irish, dirigiéndome una ojeada calculadora—. Sé que puedes estar mintiendo, pero personalmente creo que no es así. Quizá por ello, me permito hacerte una sola pregunta, Cosby.

—¿Cuál es?

—¿Por qué estás en Belfast? ¿Por qué entraste clandestinamente en esta ciudad y en este país?

—Ésa es una buena pregunta —admití, pensativo.

—Supongo que tendrás una respuesta, Cosby.

—La tengo —dirigí una ojeada de soslayo a mi bolsa de viaje, removida. Y añadí, rápido—: Antes, me gustaría saber algo, a mi vez.

—¿Qué, exactamente?

—Irish, ¿fuisteis vosotros quienes..., quienes hicieron saltar en pedazos aquel *jeep* militar inglés, a pocas yardas de donde yo me encontraba?

Irish me contempló con fijeza. Se mantuvo silenciosa un corto espacio de tiempo. Luego, rotundamente contestó:

—No, Cosby. No lo hicimos nosotros. Tal vez algún otro grupo aislado, que trabaja por su cuenta. Sabemos todo lo que han hecho nuestros miembros durante toda la noche, y no existe en absoluto atentado alguno a un vehículo patrulla inglés.

—Irish dice la verdad, americano —me espetó el joven llamado Kirk, y que tan poco parecía simpatizar conmigo, al tiempo que se aproximaba a mí, muy decidido—. Estoy seguro de que es una sucia maniobra criminal, una jugada de los propios protestantes, para que los ingleses se tomen sus represalias contra nosotros. Esa gente no se para en procedimientos para conseguir sus objetivos. Caiga quien caiga, ¿entiende?

—Ya basta, Kirk —le reprochó ella—. No tenemos ninguna evidencia de eso tampoco. Son simples suposiciones. He respondido a tu pregunta, Cosby. Ahora, dame tu respuesta a la mía. ¿Qué te ha traído al Ulster, exactamente?

—Una promesa —respondí con calma.

—¿Una promesa? ¿Qué clase de promesa? —Se intrigó ella.

—La promesa que hice a un hombre, allá en los Estados Unidos. Una extraña promesa, por cierto, que no puedo dejar de cumplir.

—Como explicación, resulta bastante oscura —terció Kirk acremente.

—Lo sé —sonreí—. Sin embargo, es la pura verdad. Traigo un mensaje para alguien. Un mensaje que significa mucho para quien lo espera. Y que significó mucho también para quien lo transmitió, antes de morir, confiando en que yo serviría de mensajero del mismo.

—Sigue siendo muy inconcreto todo eso —señaló Irish, revelando cierta desconfianza en su tono y en la expresión de sus pardos ojos, bellos y chispeantes.

—Irish, conocí a un hombre que me hizo un gran favor en determinado momento —hablé con lentitud—. No podía por menos de pagarle, a mi vez, con otro favor digno de aquél. Y así lo hice cuando me lo pidió, ya cercana su muerte. Apenas me ha sido posible, he viajado a Europa. Y del continente, he venido a las islas, para cumplir la misión encomendada, en esta ciudad de Belfast, capital del Ulster.

—Dime en qué consiste tu, misión exactamente, de qué naturaleza es esa promesa, y yo trataré de creerlo si ofrece visos de realidad, Cosby —me apremió Irish con energía—. Piensa que te he ayudado apenas supe que estabas en el hospital y vi que te evadías de él, siendo pronto perseguido por los ingleses. Me interesaste, como extranjero que eras, y como testigo de lo sucedido en el lugar donde nosotros encontramos tu bolsa de viaje, al poco de llevarte los ingleses al hospital. Te he traído aquí, salvándote de serios problemas con los militares británicos, pero eso no significa, que tengamos fe ciega en ti. Ni que tu posición sea enteramente cómoda entre nosotros. Debes cooperar a ello evitando suspicacias. Y el único modo posible de hacerlo, es revelándonos la verdad.

—Muy bien —asentí—. Eso es lo que voy a hacer, Irish. No te sorprendas demasiado, pero es algo novelesco, casi increíble. Yo mismo no lo admitiría como real, si no me hubiera sido confiado por un hombre a quien, conocía bien, y que jamás mintió hasta su muerte.

—¿Tan insólito es?

—Juzga, por ti misma —suspiré, apoyando mi espalda en una mesa, desnuda, mientras: sentía palpar dolorosamente mi herida, tras los desesperados esfuerzos de aquella noche. Tras una pausa, comencé a hablar—: Debo llevar a una mujer una joya de mucho valor, que ella identificará enseguida. A cambio de ella, me entregará algo que él le dejó una vez en prenda, como; recuerdo suyo de gran valor espiritual. Esa mujer es irlandesa, como lo era el hombre que murió en los Estados Unidos, después —de confiarme la, misión. Y ella reside en Belfast.

—¿Y esa joya...? —dudó Irish—. ¿Dónde está? No vi joya alguna en tu bolsa de viaje, Cosby.

No está allí —sonreí, abriendo mi uniforme inglés, bajo la blanca bata de enfermero. Tiré de una cadenita de oro, y apareció una especie de camafeo o medallón en oro oscuro, con un dije central, en el que se veía, un esmalte antiguo. La joya era maciza y pesada, pero no parecía tener demasiado valor. Irish la contempló, algo escéptica—. Ésta es...

—Un medallón... —Ella lo examinó, pensativa—. Parece demasiado vulgar para cruzar el Atlántico por él. Si acaso, sólo puede tener valor sentimental, y para eso no haría falta tanto trabajo, tanto esfuerzo... Hoy en día existe algo llamado correo, amigo mío.

Corté la evidente ironía de ella con una seca respuesta:

—Tenía que venir en propia mano. Entre otras razones, por... —Miré primero a ella, luego a sus acompañantes, los tres jóvenes católicos, con aire dubitativo.

Ella entendió inmediatamente lo que quería significar mi gesto. Se apresuró a afirmar con energía:

—Habla sin cuidado. Son de toda confianza. Podrán dudar de ti, pero no existen dudas sobre su lealtad. Te prometo que cuanto digas, si nada tiene que ver con nuestra causa, no va a provocar en ellos reacción alguna que te perjudique a ti o a tu misión.

—Espero que sea así —dije con calma. Y tomando el medallón entre mis dedos, hice una cierta presión sobre el esmalte y su borde. Hubo un chasquido seco. La joya se abrió en dos.

Apareció un compartimiento reducido, tras el esmalte central de la joya. Dentro de él, centelleó algo, vivamente.

—¡Un diamante! —murmuró ella, sorprendida, y vi el destello de la

gema irisada, en las pupilas pardas de la bella pelirroja.

—Sí —afirmé—. Un valioso diamante. Una piedra de doble valor, material y espiritual, para los miembros de una familia. Se creía perdida hace años, y alguien lo conservó consigo. Ahora se lo devuelve a su legítima propietaria, a cambio de algo que él le dejó entonces como recuerdo. Esa mujer ignora que la gema le fue robada, y que el ladrón fue su propio tío, que la llevó consigo a los Estados Unidos. La piedra vuelve ahora a su dueña. Yo soy el encargado de cumplir la misión.

—Una difícil misión —señaló Kirk, pensativo—. Esa piedra debe tener un enorme valor, dada su pureza y quilates...

—Así es. Por eso pregunté si erais todos personas de confianza. Hay quien mataría por esta gema.

—Nosotros, no —negó Kirk, casi ofendido—. Somos patriotas, idealistas, no delincuentes. Puede estar seguro de que esa piedra no despertará nuestra codicia... pese a que con su valor real podríamos adquirir armas y medios de lucha muy considerables.

—Cosby, ¿confiaron en ti para semejante misión? —se sorprendió Irish—. ¿Tanta honestidad imaginaron en un aventurero como tú, que incluso buscó el lucro en la guerra?

—El hombre que confió en mí, sabía lo que hacía —sonreí fríamente—. Además, Irish, en el lugar en que me hicieron depositario de esta joya, los hombres acostumbran siempre a cumplir lo que prometen, por encima de todo. Es... es como un código especial de honor.

—Temo no entenderte...

Es fácil —dije con una mueca burlona—. El hombre que murió después de hacerme portador de este mensaje... era mi compañero de celda en un presidio de los Estados Unidos.

* * *

Los disparos restallaban afuera acremente.

Era un intercambio rabioso de detonaciones de armas automáticas. Se percibieron incluso los maullidos de los frenos de algunos vehículos, estruendo de vidrios rotos, y gritos de hombres, acaso heridos, acaso moribundos.

Escuchábamos todos en silencio, agazapados en la habitación,

pegado el oído a la pared que nos separaba de la calle, desprovista totalmente de aberturas. Luego, reinó un profundo silencio en la mañana violenta y peligrosa de Belfast.

De repente, se hizo un profundo silencio en el exterior. Ya no se percibieron detonaciones ni gritos. Ni ruido de ninguna clase. Nos miramos todos, expectantes.

—Ya terminó —dijo Irish, lacónica.

—¿Qué pudo ser? —me interesé, incorporándome despacio.

—Una escaramuza. Quizá compañeros nuestros, con gente de los protestantes. O con soldados ingleses. Tal vez era una lucha entre ellos. Muchos protestantes tampoco ven con buenos ojos a las patrullas militares inglesas, porque creen que coartan sus acciones extremistas.

—¿Y no es así?

—Posiblemente lo sea. Me consta que los soldados ingleses quieren ser árbitros de una cuestión, evitando peleas. Pero lo único que consiguen es excitar el nacionalismo, exaltando a todos por un igual. Esto es Irlanda. Y queremos que seamos nosotros mismos, los irlandeses, quienes resolvamos nuestros conflictos.

—Es un endiablado problema —comenté, sacudiendo la cabeza—. Un callejón sin salida. Todos os obstináis en hacerlo aún más insoluble...

Afuera, nos llegó de modo confuso y lejano el aullido de alguna sirena, pero eso fue todo. Vi que el joven Kirk —acababa de saber que su nombre completo era Kirk Moran—, apretaba con coraje mal contenido su fusil ametrallador, como ávido, de entrar en combate. Los ojos le brillaban intensamente.

Me volví a Irish. Ella parecía estar pensando en algo muy distinto. Y, en efecto, así era.

Tuve ocasión de comprobarlo seguidamente, apenas formuló su pregunta:

—¿Por qué estuviste en presidio, Cosby? —quiso saber.

Era una pregunta incómoda para mí. Me froté el mentón y sonreí, encogiéndome de hombros.

—No he sido nunca un santo, Irish —traté de evadirme.

—Ya lo sé —cortó, glacial—. Eres el típico aventurero, el hombre de fortuna, el que busca su destino por todas partes, y no lo encuentra en ninguna. Lo advertí apenas te vi.

Aun así, me intriga ese punto. ¿Cometiste algún delito?

—Siempre le encarcelan a uno por algún delito, Irish.

—¿Lo cometiste, o no?

Yo siempre dije que no. Y tampoco me pudieron probar nada. Pero... me encerraron.

—¿Mucho tiempo?

—No, no mucho. Ya te dije que no probaron nada. Tuvieron que soltarme, aunque de mala gana. Esa gente del FBI es muy obstinada.

—¿FBI? ¿La policía federal americana? ¿De qué te acusaron, Cosby?

—Contrabando —sonreí. Hice un movimiento de cabeza—. Siempre he andado en embarcaciones y cosas así. Era lógico que sospecharan...

—¿No eras culpable, realmente?

—Si lo fui, te diría que no, y resultaría lógica mi negativa. Si no lo fui, ocurriría igual, con mayor motivo, pero tú tampoco lo creerías, Irish. ¿Qué ganas con que te de una respuesta?

—Tienes razón —me miró, pensativa—. ¿Y aquel hombre, tu compañero de celda? ¿De qué le acusaban?

—Asesinato. Su condena era larga. Pero estaba enfermo. Algo incurable. Se agravó allí... y todo terminó pronto.

—Entiendo. Quiso quedar a bien con su conciencia, y devolvió a través tuyo ese diamante. Pero ¿por qué quiere que tú recojas ese objeto suyo?

—Para que lo lleve a América, a mi regreso, y lo haga reposar junto con él, allí donde está su última morada —dije.

—Extraño deseo el de ese hombre.

—Muy extraño —convine—. Ahora, sólo tengo que encontrar a esa mujer, y hacer el cambio, que sé que ella aceptará gustosamente cuando vea el diamante... Ahora ya sabes la razón de mi presencia en el Ulster. Un extraño motivo el mío, ¿no?

—Muy extraño, sí.

—¿Me crees?

—No sé qué pensar, pero... sí —suspiró—. Me parece que voy a creerte, Cosby.

—Menos mal —resoplé—. La historia resulta tan extraña e incongruente en algunos detalles, que no tiene mucho sentido para ser digna de crédito. Sin embargo, es la verdad.

—Por eso te creo: porque suena todo demasiado fantástico para que

hayas inventado un relato tan absurdo... En cuanto a lo que...

No llegué a saber lo que Irish, la bella rebelde irlandesa iba a decirme entonces. Algo la interrumpió de modo dramático antes de que lo formulase. Afuera, hubo pasos recios, voces, y el hombre de la metralleta franqueó el paso a otras personas, tras el ritual código impuesto a los miembros del grupo católico escondido en aquel edificio sin ventanas.

El primero en entrar, fue el hombre herido. Irish lanzó una imprecación de sorpresa, y Kirk se apresuró a precipitarse en su ayuda.

—¡Patrick! —gritó roncamente el irlandés—. ¿Quién fue el maldito bastardo que te hizo eso...?

—Gente de los protestantes —respondió roncamente el recién llegado, sujetando con ambas manos su muslo bañado en sangre por todo el pantalón, y sin parecer preocuparse del otro manchón rojo que se iba extendiendo paulatinamente, a la altura del hombro izquierdo. Los boquetes de las dos balas recibidas, eran bien visibles en sus ropas. Torció el gesto, con dolor, cuando Kirk y sus compañeros le situaron tendido sobre la desnuda mesa para proceder a una curación de emergencia.

Irish había palidecido ligeramente. Se aproximó a él, sin embargo, con gran serenidad.

—¿Cómo sucedió, Patrick? —indagó.

El herido la miró con simpatía, y manifestó, entrecortado:

—Simmons y yo salíamos de la taberna cuando supimos lo ocurrido esta noche a la patrulla inglesa, en las proximidades del muelle. Decidimos no dejamos ver, para evitar problemas con los ingleses, y estuvimos en el *pub* de

O'Hara,

antes de separarnos. Simmons, por supuesto, se quedó bebiendo, y yo me fui al hotel de Kenney. Pero a las seis debía reunirme con los muchachos, y no podía faltar. Estaba seguro de que los protestantes, esta noche, no deambulaban por aquí. Los malditos, sin embargo, sí se han metido en nuestros barrios otra vez. Eran solamente media docena por lo que vi, y se tapaban las caras con pañuelos y máscaras. Nos sorprendieron, abriendo fuego sobre nosotros sin previo aviso, justo en la plaza, ante el viejo almacén... Hemos tenido que dispersarnos como Dios quiso. Estaban demasiado bien

armados y apostados para que la lucha fuese favorable a nosotros.

—Entonces nos encontramos con este viejo estúpido de Simmons — rezongó el hombre fuerte y sombrío que había acompañado hasta allí al herido, señalando el tercer individuo llegado recientemente al escondrijo de los católicos—. ¡Y nada menos que pegando pasquines contra los ingleses y contra los protestantes, llevando encima la borrachera que lleva!

Irish miró con reproche al viejo aludido. Éste se encogió, intimidado, con un hipo mal contenido. Le contemplé a mi gusto, divertido con su aspecto. Luego supe que el viejo Joel Simmons era el mayor bebedor de *whisky* de todo Belfast, y sin importarle además su posible mala calidad. Lo engullía todo como un diablo, y era capaz de salvar su arrugado pellejo con increíble facilidad, en los mayores conflictos, pese a llevar el cuerpo virtualmente saturado de licor.

Esta vez, evidentemente, no era una excepción, ni mucho menos.

Aparte de que su sola presencia hacía apestar a *whisky* toda la estancia, el viejo Simmons ofrecía su roja y robusta nariz, casi tan brillante como un pimientito, en medio del rostro de maliciosos ojillos azules y expresión risueña y astuta. Se bamboleaba como un navío en alta mar, y aún llevaba sus manos manchadas de pegamento y de tinta de color, recuerdo de su nocturna «hazaña» de ir pegando pasquines por doquier, con temeraria osadía.

Podía tener cincuenta años, pero aparentaba sesenta. Era fornido, no muy alto, pero tampoco baja estatura. El cabello canoso, le caía lacio, desordenado, y tenía unas frondosas patillas que destacaban su tonalidad gris plateada sobre el rojo rubicundo de su faz de beodo.

No llevaba armas. Y parecía un muchacho sorprendido en una travesura imperdonable.

—Joel, ¿cómo se te ocurrió en una noche así desafiar al enemigo?

—le reprochó Irish, no demasiado duramente, acercándose a él.

—Yo... yo, Irish..., ¡hip!... Yo escuché a unos cochinos fieles a Paisley en la taberna de

O'Hara,

esta misma noche, jurando que... ¡hip!... iban a triturar a todos los «sucios católicos» —ésas eran sus palabras, ¿te das cuenta?—, que encontrasen a su paso... ¡hip!... Tuve que contenerme porque...

eran varios... y muy agresivos... Por eso tomé los carteles, y me dispuse a devolverles golpe por golpe... malditos... ¡hip!... malditos matones...

Irish sacudió la cabeza, como reprochando a Simmons sus reacciones, pero sin formularle censuras. El acompañante del herido Patrick, manifestó presuroso, con tono de vivo disgusto:

—Tuvimos que sacarle del lío nosotros, mientras arrastrábamos con nosotros a Pat. El maldito viejo quería seguir pegando carteles mientras los protestantes venían en pos nuestro, regando la calle de balas. Hubo que meterlo aquí a viva fuerza, Irish.

—Algún día no podremos librarte de los líos en que te metes —le censuró ella—. Y entonces, te saldrá el *whisky* del cuerpo como de un barril acribillado a balazos, Simmons.

El viejo borrachín se limitó a rezongar disculpas entre dientes, y se acomodó en un rincón, mientras comenzaban a curar: las heridas de Patrick, en un tenso silencio.

—Os ayudaré —me ofrecí espontáneamente, avanzando hacia la mesa donde yacía el herido.

—¿Tú? —Irish me miró con profunda expresión—. Creí que no tenías nada en común con todos nosotros...

—Y no lo tengo —sostuve—. Pero es un principio de simple humanidad, Irish. Además, me habéis salvado de un buen apuro. —Os debo eso, cuando menos. Sé algo de cirugía, no mucho. Puedo seros útil esta vez. Sin embargo, te advierto que haría lo mismo en el caso de que Patrick fuese un protestante... o un soldado inglés.

Me miraron casi con odio cuando dije eso. Todos, menos Irish, que terminó asintiendo despacio, con su cabecita de rojos cabellos.

—Sí, estoy segura de que sería así, Cosby —me dijo—. ¿Y eso no altera en nada tu ofrecimiento? Gracias... y vamos allá. Pero de todos modos, quiero que sepas que, si te saqué del atolladero, no fue enteramente por altruismo o por hacerles una simple mala pasada a los ingleses, Cosby.

—¿No? ¿Por qué, entonces? —Me intrigué.

—Porque sabía ya entonces que Neil Cosby era un americano amigo de meterse en líos, un hombre posiblemente de recursos, capaz de hacer algo por dinero, y con unas gotas de sangre irlandesa en sus venas. Todo eso, podía reportarnos algo: un aliado, un colaborador eficaz en esta lucha.

—¿Llegaste a pensar que podrías reclutarme para tu grupo de combatientes idealistas?

—Sí, lo pensé.

—¿Y ahora?

—No. Ahora ya sé que no puedo contar contigo. Pero que tampoco los ingleses o los protestantes podrán hacerlo, llegado el caso.

—En suma: crees en mi imparcialidad total y absoluta ante vuestro conflicto.

—Exactamente. Creo en tu honestidad, en suma. Tal vez me equivoque, pero si fuese así... valdría más que te ausentaras para siempre del Ulster, aun sin cumplir tu extraña misión con esa mujer a quien debes entregarle la gema, Cosby.

—¿Por qué?

—Porque te mataría. Palabra, amigo. Si te viese al lado de protestantes o de ingleses... te mataría sin vacilar, Neil Cosby.

Miré sus ojos pardos, antes de dedicarme por entero a la curación del herido.

Y estuve seguro de que cumpliría su amenaza.

CAPÍTULO IV

La botella de *whisky* corría generosamente por la garganta del hombre.

Le miré con verdadero asombro. Aquel tipo era un prodigio absorbiendo licor por todos los poros de su cuerpo, sin morirse de un verdadero ataque de *delirium tremens*.

Joel Simmons, el viejo borrachín de las *pubs* tradicionales de Belfast, estaba bebiendo otra vez. Como celebrando así el buen estado general del herido, Patrick Clark, dentro de la gravedad de sus dos heridas de arma de fuego.

—Deme, amigo —pedí al viejo beodo, tomándole la botella con dificultad, para echarme un trago de buen *scotch* al colete—. ¿Cuándo rebasa la línea de flotación?

—Nunca —rió, soltando un eructo, con gesto divertido—. El día que eso suceda, el viejo Simmons habrá muerto.

—Ahogado en alcohol, dudo que puedas morir —refunfuñó Kirk Moran—. Vives dentro de él como un pez en el agua. Si le viera, Cosby... Lo mismo le encuentras en la taberna de

O'Hara,

que en la taberna de Hennessy, que en la del viejo Fitzgerald, que en la de Scott o de Charlie, con una buena botella ante sí y... *Fitzgerald*.

El nombre me asaltó como un repentino mazazo. Recordé algo, vagamente. Aquella misma noche, en mi llegada a Belfast...

El *jeep* militar inglés, el atentado, la masacre... Los asesinos con motocicletas y con un viejo coche negro... Y la cantina de Fitzgerald.

La habían mencionado dos veces. Tenían que reunirse allí el sábado. Kirk Moran acababa de mencionarla también, como sitio habitual para el viejo Simmons. Era una taberna más, pero... era la de Fitzgerald. Suponía que no habría otra, pese a lo corriente de aquel nombre en Irlanda.

Traté de indagar algo sobre ese punto, como al azar:

—¿Fitzgerald? —repetí, distraído—. Juraría que pasé ante esa

taberna esta misma noche, viniendo del puerto...

—¡Imposible! —rió con un hipo sonoro el viejo Simmons, meneando negativamente su cabeza—. El viejo zorro de Duncan Fitzgerald... Ése tiene su taberna en Donegall Lane, camino del centro de la ciudad... No, amigo. Esta lejos del puerto, bastante lejos, y en dirección opuesta... Pero hay tabernas mejores, ya lo creo. Y mejor *whisky*, seguro...

Ciertamente, no me preocupaba mezclarme en los problemas de ellos. Podía decirles que los asesinos de los soldados ingleses se reunían a veces en la taberna de Fitzgerald, y que ese sábado iban a hacerlo. Pero ¿ganaría algo con ello? A Irish le importaba muy poco lo que pudiera sucederle a los ingleses, e igual criterio sustentaban sus compañeros de facción. Yo era un extranjero allí, y valía más que siguiera manteniéndole al margen del asunto, mientras ello me fuese posible, cosa de la que ya no me sentía demasiado seguro.

Opté por callarme el detalle, como hiciera también con el mayor Nichols anteriormente. Lo que me interesaba ahora era salir pronto de aquel conflicto, eludir la búsqueda que el ejército británico llevaría a cabo en esos momentos con respecto a mi persona, y buscar, por mi lado, a la persona a quien debía entregar aquella piedra preciosa.

Mi historia, pese a lo insólito y poco verosímil que resultaba, había sido aceptada por Irish, al parecer sin reservas. Pero no podía estar demasiado seguro de que las cosas fueran tan fácil. Irish era una muchacha peculiar: muy valerosa y astuta. Quizá desconfiaba de mí, y jugaba conmigo como el gato con el ratón.

Ahora mismo, en aquella madriguera de católicos irlandeses beligerantes, me estaba preguntando interiormente cuándo y en qué modo me sería permitido salir de allí para cumplir la misión que me había llevado al Ulster.

Teniendo en cuenta que era ya pleno día en la capital de Irlanda del Norte, eso constituía por sí solo otro riesgo grave, aunque durante el día era más fácil también eludir la vigilancia militar. Posiblemente el mayor Nichols no esperaría que su fugitivo se arriesgase a moverse por Belfast durante el día, y ésa sería mi mejor baza, llegado el momento.

Contemplaba de soslayo al viejo Simmons, apurando incansablemente sus dosis de *whisky*, mientras se disponía el

traslado del herido a un lugar seguro y mejor acondicionado que aquí.

Aproveché el momento para dirigirme a Irish:

—Y bien... —dije, apoyándome en la mesa donde poco antes interviniera al herido, extrayéndole dos piezas de metal de sus heridas, y logrando desinfectar y curar los boquetes de bala en la medida de lo posible—. ¿Qué piensas hacer conmigo ahora?

La joven irlandesa me contempló con interés. Luego, se encogió de hombros.

—Sabes que no puedo hacerte nada —dijo—. Eres libre de elegir tu camino, Cosby. Te has portado bien con nosotros, y ésa debe ser la misma conducta nuestra para ti.

Respetaremos tu decisión de mantenerte al margen de todo.

—Conforme —asentí, echando a andar hacia la puerta—. ¿Puedo irme ya?

—Espera. Uno de mis hombres te acompañará —dijo Irish, espontáneamente—. No puedes salir de aquí sin acompañamiento. Es un laberinto el camino, para salir de aquella manzana de casas donde te recogí, y pasar a otra, por el subsuelo. Gracias a eso, los registros y búsquedas de los ingleses no tienen nunca resultado positivo alguno.

—Entiendo, Irish. Esperaré.

—Kirk puede acompañarte. Desconfía de —todo, y por eso no se fiaba demasiado de ti, pero es hombre de completa confianza.

—Estoy seguro de ello. Supongo que no hay traidores entre vosotros.

—Eso, nunca. Conocemos a todos los que luchan a nuestro lado, Cosby. Son gente que han tenido siempre los mismos ideales. Son de nuestra misma fe, de nuestros mismos barrios y comunidades. No, no cabe la traición. Aquí, en el Ulster, todos sabemos cómo es el vecino. Y también quién es el contrario. Quizá eso haga más feroz la lucha, pero también más abierta. No caben engaños. Ni traiciones de ningún tipo.

Me había acompañado hasta el exterior, donde el hombre armado montaba guardia.

Recordando algo, le dirigí una repentina pregunta:

—Iris, y ese hombre, Lord Dick... ¿es de vuestro grupo acaso?

Ella se irguió. Me miró, asombrada. Sus ojos pardos revelaron

repentino recelo, y luego una enorme extrañeza.

—¡Lord Dick! —repitió, intrigada—. ¿Por qué has nombrado precisamente a... a ese personaje?

—No sé —me encogí de hombros—. Le vi anoche. Y pensé que sería un buen amigo tuyo...

—Ni siquiera estoy segura de que arista... ¿Amigo mío? Nunca lo he visto, aunque mucha gente habla de él... ¡Un hombre con un trébol verde, bordado sobre su pasamontañas que le sirve de caperuza! No sé, Cosby... ¿Seguro que le viste?

—Seguro —afirmé—. Fue el autor del atentado al *jeep* inglés. Llevaba ese pasamontañas. Y el trébol bordado... El mayor Nichols me dijo que era Lord Dick.

—No sé si es un católico o un protestante, Cosby. Hay quien dice que lucha contra nosotros. Y contra los ingleses. Otros afirman que es un católico anónimo que se enfrenta a los protestantes. Pero no tengo ninguna seguridad. Incluso he dudado muchas veces de su existencia. Las guerras acostumbran a crear mitos y héroes. Especialmente, las contiendas civiles.

—Ése no es un mito ni un héroe, Irish —repliqué—. Es un asesino.

—¿Cómo? —Me miró, intrigada—. Cosby, en Irlanda todos somos asesinos, porque matamos en defensa de nuestras propias vidas.

—No me entiendes. Yo no apruebo lo que haces tú o lo que hacen tus adversarios. Pero es un problema vuestro, que resolvéis o tratáis de resolver a vuestro modo. Ese hombre enmascarado es muy diferente. Me pareció un vulgar criminal. Disfrutaba matando. No sé por qué lo hace, pero no le gusta dejar testigos de sus actos. Fue él quien ordenó que me rematasen, al verme herido.

—Cielos, no sabía eso... Pero no hables de ello con nadie. Corres el peligro de encontrarte con gente leal a él... Es mejor silenciarlo hasta estar seguro de qué clase de persona es, con qué objetivos lucha, a qué o a quién defiende...

Me dispuse a abandonar el recinto secreto de los católicos, en compañía de Kirk Moran. El joven católico parecía algo preocupado por ello.

—Espero que seas realmente un hombre leal —dijo, mirándome—. En caso contrario estamos perdidos. Nos cazarían en este escondrijo como a simples alimañas...

—Descuida —sonreí, negando con la cabeza—. De mis labios, nunca

saldrá una sola palabra. Por otro lado, el camino es lo bastante complicado para que lo olvide pronto, ya que no tengo interés alguno en recordarlo. De ese modo, aunque quiera, nada podré decir a nadie, si llego a ser interrogado al respecto.

—Ten cuidado con Nichols, el cochino inglés —refunfuñó Kirk—. Pero más aún con las pandillas de combatientes protestantes. Son unos fanáticos muy peligrosos, capaces de cualquier cosa con tal de conseguir una victoria frente a nosotros. Nos odian de un modo feroz.

—¿Y vosotros a ellos? —Sonreí.

—Sí, creo que igual —confesó Kirk con disgusto—. Cielos, todos nos hemos vuelto locos aquí, ¿no es eso lo que estás pensando, americano?

—Como americano, creo que todos estáis locos. Como irlandés, me temo que estáis enterrando en una sangre estéril vuestro propio país. De cualquier modo que se mire, esto es una tragedia espantosa... e inútil. Y eso es lo peor de todo, Kirk...

Me condujo por el dédalo tortuoso de senderos, hacia el punto de salida, que esta vez, al parecer, era diferente al anterior por el que llegamos, para que mi desorientación fuese mayor, caso de querer recordar el emplazamiento exacto de su madriguera.

Irish, la bella irlandesa, quedaba atrás, con su gente. Kirk me despidió finalmente en una vieja casona abandonada, de los límites del barrio católico de Belfast. Salí de allí tranquilamente, con mi bolsa de viaje, encaminándome a una calle donde hubiera comercios abiertos, aquel sábado por la mañana, nublado y lluvioso, de triste luz grisácea.

Hallé pronto una tienda oscura y sin mucho surtido de ropas, pero suficiente para lo que me proponía. Cuando la abandoné, mi aspecto era bastante diferente al que conocían los soldados ingleses, e incluso los combatientes católicos del grupo de Irish Tyrone, la pelirroja muchachita irlandesa.

Ellos, que habían cambiado mi uniforme militar y mi bata blanca de enfermero por unas viejas prendas usadas, se hubieran sorprendido ahora, al verme salir de la tienda con un traje oscuro y sobretodo color marrón, sombrero flexible, de tejido impermeable, inclinado sobre el rostro, y en vez de la bolsa marrón de viaje, un maletín plano, color azul oscuro, muy moderno.

Todo eso, y unas gafas oscuras, de montura de metal, completaban mi nueva apariencia, con la que pretendía, cuando menos, desorientar un poco a quienes podían andar buscando por Belfast a un ciudadano norteamericano llegado clandestinamente en barco de cabotaje la noche antes.

Mi aspecto, ahora, era el de un irlandés más. No era un disfraz, ni nada parecido, pero quizá bastase, cuando menos durante el día, y con aquel tiempo lluvioso, que ayudaba a mis propósitos.

Almorcé en un pequeño restaurante del centro, lejos de los distritos suburbanos donde católicos y protestantes tenían sus escaramuzas y sus batallas sangrientas. Vi patrullas de soldados ingleses, pero éstos fueron escaseando a medida que me aproximé al centro urbano de la capital del Ulster.

Contemplé edificios notables de la bella ciudad irlandesa, como la Linen Hall Library, el City Hall, el Museo, y la Galería de Arte, entre otros.

Pero distaba mucho de ser un turista disfrutando de las bellezas típicas de una ciudad en la que me encontraba de visita. Mis motivos para hallarme en Belfast eran muy otros.

Y en estos momentos, mi único objetivo real era encontrar a una mujer.

Una mujer de quien sólo sabía una cosa: que se llamaba Maggie.

Maggie

O’Riordan,

para ser exactos. Maggie

O’Riordan

era la mujer que tenía que recibir aquel medallón con el rico y bello diamante en su interior.

Un hombre muerto a muchos miles de millas de allí, en los lejanos Estados Unidos de América, había decidido tal cosa. Yo le prometí cumplir, ese encargo. Y allí estaba con tal objetivo.

El diamante poseía un gran valor, y yo lo sabía. Pero eso, para mí, era como si no contase. Como si hubiera sido una baratija de insignificante valía. Ella recibiría la gema, fuese como fuese.

Y a cambio de ella, yo debía recibir el objeto que me mencionara en nuestra celda de la penitenciaría, el viejo Terence

O’Riordan,

en los últimos momentos de su vida...

Un libro.

Un simple libro vieja, una edición antigua, encuadernada en piel, de cierta obra llamada *El espíritu de la verde Eire...*

Un libro que, según palabras del moribundo

O'Riordan,

convicto de asesinato, me devolvería, en justo premio, lo que yo merecía por mi comportamiento con él. Y la que merecía si llegaba a cumplir su voluntad póstuma...

* * *

Era allí.

Miré el edificio. Era una casa antigua, tradicionalmente irlandesa. Abundaban en Belfast esa clase de edificios de balconajes, con muros de piedra, verjas en la acera, y unos escalones, que conducían a la entrada de la casa.

La planta baja estaba ahora cerrada. Maderas viejas cegaban las vidrieras de un establecimiento. Un viejo negocio, que había sido mi pista única para buscar a Maggie

O'Riordan

en Belfast.

RESTAURANTE

O'RIORDAN

Aún conservaba las viejas letras con sus arabescos, sobre fondo dorado. Pero sólo eso quedaba del viejo negocio que Terence

O'Riordan

mencionara en la penitenciaría. Evidentemente, el local estaba abandonado, y no había encontrado nuevo ocupante para explotarlo.

La puerta inmediata, sin embargo, me mostró una placa de latón, bruñida y cuidada, en la que las letras, de tipo inglés, cursivo, con mucho adorno, anunciaban discretamente:

O'RIORDAN.

BOARDING HOUSE

La pensión de
O'Riordan.

Eso sí existía aún. También Terence me habló de ello, pero había llegado a pensar que tampoco la encontraría, al ver el restaurante cerrado y abandonado por sus propietarios.

Por fortuna, encontraba la pista de Maggie en la capital del Ulster. El distrito no era de los mejores. No estaba lejos del centro, pero tampoco demasiado alejado del distrito católico, aunque la situación de la pensión era, ciertamente, en plena zona protestante, que era como decir la de la mayoría de la capital, y siempre la más cuidada y mejor urbanizada.

Me decidí tras unos momentos de duda. La lluvia caía pertinaz, cada vez más insistente y copiosa, sobre las calles grises de Belfast. De vez en cuando algún soplo de aire racheado, tiraba la llovizna contra mi rostro, empapado mi sobretodo y mi sombrero.

Entré en el edificio. Un buzón indicaba la segunda planta, como la vivienda dedicada a pensión o casa de huéspedes de tipo medio, bajo el nombre de

O'Riordan.

En mi reloj, que ya no era el reloj del buen soldado a quien golpeaba en el hospital, ya que había devuelto por correo, en un paquete postal, dicho objeto, momentos antes, dirigido al cuartel de las fuerzas militares inglesas en Belfast, con mis disculpas al muchacho, eran en ese momento las dos de la tarde.

Subí a la segunda planta.

De nuevo me encaré con una placa dorada, sujeta a la bien barnizada puerta del piso. Debajo, el llamador resonó musicalmente, al presionarlo yo.

Esperé. De momento, no hubo respuesta al otro lado de la puerta. Luego, tras un silencio prolongado, me dispuse a pulsarle de nuevo. No fue preciso.

La puerta abrió. No había percibido roce de pisadas en el vestíbulo, ni siquiera en el memento de aproximarse a la puerta la persona que la franqueaba. Me quedé mirándola.

La mujer era alta, arrogante, muy rubia, de larga melena dorada, lisa y suave como una cascada de oro sobre los hombros.

Vestía una blusa verde oscura, y falda negra, corta, con botas. Tenía unas hermosas piernas y un sugestivo busto. Me contempló con sus

ojos, tan verdes como su propia blusa, aunque de tono más claro y luminoso, pese inclusive a la oscuridad tenue del recibidor.

—¿Dígame, caballero? —preguntó, contemplando mi figura y mi paree equipaje.

—Soy un turista de paso por Belfast —dije—. Sólo estaré el fin de semana aquí, y busco una pensión respetable donde alojarme.

—Lo lamento, caballero —me cortó fríamente, moviendo la rubia cabeza en sentido negativo—. No hay sitio disponible por ahora.

—¿Ni siquiera una habitación individual, aunque sea interior y sin baño? —insistí.

—Ni siquiera eso. Lo siento mucho, pero puede probar en la pensión

O'Neil,

situada a un par de manzanas de aquí. Le tratarán allí igualmente bien, y es una casa muy respetable. Diga que va de parte de nosotros y le atenderán.

—Perdone que insista, pero mi idea firme era alojarme aquí, señorita...

—Caballero, ¿cómo debo decirle que no hay sitio para usted? —Se impacientó la joven de rubia melena, revelando irritación en su mirada—. Su insistencia peca de incorrecta, compéndalo.

—Aun así, seguiré insistiendo —suspiré—. He venido de muy lejos, de Estados Unidos para ser exactos...

—Caballero, me es indiferente de dónde venga usted. Eso no altera en nada la situación —fue la helada réplica de la dama, disponiéndose a cerrar la puerta sin más rodeos.

—Quisiera hablar con la propia señora o señorita

O'Riordan

—dije.

—Yo soy Maggie

O'Riordan

—me replicó ella, con sequedad.

—Cielos, ¿usted? —La miré, asombrado—. No es posible... Debe tener más años...

—Mi madre también se llamaba Maggie —repuso, sin mostrarse más amable, mientras iniciaba el cierre de la puerta—. Falleció hace ya siete años...

—También Terence

O’Riordan

falleció en Norteamérica —dije bruscamente—. Y él no podía saber que su sobrina Maggie hubiese muerto...

—¿Terence? —Se paró en seco ella. No cerró la puerta—. ¿Tío Terence, quiso decir?

—Exactamente, señorita —afirmé—. Tío de su madre, y suyo, naturalmente. Yo le asistí hasta morir. Por eso vine a alojarme aquí. Él me enviaba, pero si ello no es posible, yo...

—Por favor, entre —pidió de pronto ella, con tono más suave. Se hizo a— un lado, y me invitó a pasar con el gesto. Yo obedecí prestamente, y ahora sí cerró por fin. Nos quedamos mirándonos, en el reducido vestíbulo. Ella encendió la luz, dada la escasa luminosidad de la tarde lluviosa. Me ofreció. —Pase, por favor. Al fondo...

La dejé pasar delante, siguiéndola cortésmente. La rubia dama me condujo hasta una amplia sala cuyo ventanal, indudablemente, debía de ser muy alegre en días más soleados que aquél.

Pude contemplar la lluvia cayendo mansa e insistentemente sobre Parliament Buildings y Stormont Park. Me pareció increíble que Belfast ardiese en una auténtica y contenida guerra civil, bajo aquella epidermis ciudadana apacible y casi provinciana, que sugería todo menos sangre y violencia.

Me senté en un sofá, a invitación de ella, y la joven se acomodó frente a mí, sin importarle que, al cruzar sus piernas, me mostrase la línea seductora de sus bien formados muslos.

—Hable, señor —pidió suavemente—. Le ruego sea más explícito. ¿Desea realmente alojarse aquí?

—Me sería muy grato, tratándose de la pensión de los O’Riordan

—asentí—. Lo cierto es que no la engañé en nada, señorita. Vengo desde Estados Unidos, porque su tío Terence así me lo pidió.

—¿Y... sólo por esa razón? —Hubo asombro en su gesto.

—Sólo por esa razón —afirmé—. ¿Le sorprende?

—Mucho. Debe ser usted un caballero de amplios, medios de fortuna, para una acción semejante. A menos que tío Terence le pudiese pagar muy bien, cosa que dudo, si él fue siempre como me explicó mi madre...

—En efecto, no, hubiera podido pagarme esto —sonreí—. Pero

tampoco soy un hombre, rico. Se ha dado la circunstancia de que pude venir a Europa, y desde el continente me acerqué a Irlanda, del Norte para cumplir el encargo, póstumo de su tío.

—¿Encargo, ha dicho? —Pestañeó Maggie.

—Eso es: una misión determinada, que cumpliré gustoso apenas usted se me identifique a satisfacción, como la única y verdadera Maggie

O’Riordan,

sobrina de Terence

O’Riordan,

ya que al fallecimiento de su madre, todos los derechos le corresponden, señorita.

—Eso es cosa fácil de aclarar —sonrió— ella, con expresión intrigada. —Venga, por favor. En mi habitación tengo documentos, fotografías, cosas referentes a *mamá*, a tío Terence...

¿Le bastará todo eso?

—Sí, por supuesto —afirmé—. Sepa que es algo de valor lo que le traigo. Y que no puedo entregarlo a nadie, sin estar plenamente seguro de que no equivoco a la persona en cuestión.

—Conforme, señor... ¿Me dijo usted su nombre, quizá?

—No —sonreí—. Mi nombre es Cosby. Neil Cosby, señorita

O’Riordan.

—Cosby... —Me miró, como si eso pudiera decirle algo, y sus ojos verdes me parecieron dos insondables lagos profundos y bellísimos —. Bien... Sígame, señor Cosby. Le voy a dar cumplida satisfacción, no lo dude.

Debí advertir algo raro en su tono, pero la verdad es que no paré mientes en ello. Mis suspicacias de antes, en oíros ambientes más tensos y violentos que el de esta burguesa pensión, se habían evaporado de momento.

Seguí a la joven Maggie a su alcoba personal. Entré en pos de ella, y cuando me invitó a ver ciertas cosas, lo hizo con gracia y delicadeza, abriendo un cajón y señalándome, con dulce sonrisa:

—Por favor, señor Cosby, vea esto... y comprobará que no hay error posible, y está usted hablando, justamente, con la persona que pretendía encontrar...

Avancé, libre de toda sospecha. Me incliné sobre el armario, tratando de ver lo que me mostraba en la gaveta.

De momento, sólo descubrí prendas interiores de mujer, muy sugerentes, unos fajos de documentos, una cartilla bancaria, un talonario de cheques y una caja metálica, cerrada con llave.

Intenté levantar la cabeza, para preguntarle a ella qué aclaraba exactamente todo eso... cuando el mundo entero se desplomó encima mío, aplastándome.

En realidad, tal vez la imagen resulte algo exagerada. Lo cierto es que lo único que se abatió brutal e inesperadamente sobre mi cabeza, fue algo contundente, que la bella, rubia y delicada Maggie O’Riordan

sostenía disimuladamente entre sus dedos, y que estalló en mi cráneo con virulencia, cuando ella descargó con su mano el impacto adecuado, rápido y certero.

Quise hacer algo, decir algo, y no pude hacer, decir ni intentar nada. Sencillamente, fue como si mi cabeza se abriera en pedazos, los muebles y cortinas bailotearon ante mí, igual que la figura femenina erguida a mi lado, y creí que iba a precipitarme sobre el fondo verde brillante de aquellas simas que eran sus pupilas, muy fijas en mí.

Lo cierto es que me fui contra el suelo alfombrado, recibí un golpe violento, y me hundí en la negrura más absoluta.

SEGUNDA PARTE

ENTRE VARIOS FUEGOS

CAPÍTULO I

Era una situación incómoda y desagradable.

Además, dolorosa a causa de la herida de mi costado, que ahora me gritaba imperiosamente con la voz de su dolor, recordándome su presencia de modo enérgico e irritante.

Perder la noción de las cosas en una alcoba confortable y acogedora, en presencia de una hermosa muchacha, rubia y de verdes ojos, y recuperarla en un sitio frío e inhóspito, esposado de pies y manos, en presencia de un hombre hosco, armado de un fusil ametrallador, no resulta precisamente confortable.

En principio, no tuve la menor idea de lo que había sucedido, de dónde me encontraba, ni de qué diablos era lo que había ido a encontrarme cuando me sentía más tranquilo y alejado de toda posible violencia.

Luego, lentamente, mi cerebro confuso, aturdido, fue rehaciéndose poco a poco, y los recuerdos formaron una serie de piezas que, con lentitud, se iban ensamblando, hasta constituir la solución de un maldito *puzzle*, que no lograba entender del todo.

Evoqué mi visita al centro de Belfast, mi subida a la pensión

O'Riordan,

mi charla con la joven Maggie... y su inesperado y sorprendente final.

Ahora, este epílogo resultaba aún más incongruente. Traté de preguntarme qué relación guardaba Maggie

O'Riordan

con aquel sitio lóbrego en que yacía, rodeado de muros húmedos y oscuros, con una simple bombilla colgando del techo, por encima de mi cabeza, y la presencia incómoda y hostil de aquel hombre de ropas negras y suéter de cuello alto, color gris oscuro, con el fusil entre sus manos.

—Que me ahorquen si lo entiendo —mascullé en alta voz, como primer comentario.

—No creo que se molesten en ahorcarte —me replicó mi vigilante, con una risotada áspera—. Pero tu suerte será muy semejante, estoy

seguro...

Torcí el gesto, mirándole con disgusto. Por un momento, se me había ocurrido la peregrina idea de que Maggie

O’Riordan

había sospechado algo raro de mí, derribándome sin conocimiento y entregándome a las autoridades. Pero aquel tipo tenía de parecido con una autoridad civil o militar, tanto como podía yo tenerlo con un mandarín oriental.

De modo que la explicación, forzosamente, tenía que ser muy otra. Y lo malo, es que no se me ocurría absolutamente ninguna.

Me removí en el suelo, con disgusto. Había una delgada manta bajo mi cuerpo, pero no era suficiente para aislarme de la humedad que brotaba del suelo. Moví la cabeza, y sentí un fuerte dolor tras mi oreja derecha, donde el objeto contundente de Maggie

O’Riordan

me golpeara de forma precisa y demoledora.

—Amigo, ¿puedo saber, cuando menos, dónde estoy? —indagué.

—Sí. En Belfast —me explicó.

—Bueno, ya es algo —resoplé—. Imaginé que estaba en Hong Kong, cuando menos... Me refiero al ambiente, claro. Esto me recuerda un sitio donde estuve una vez, en esa ciudad. Pero era un fumadero, de opio —y no resultaba tan húmedo ni tan frío.

—¿Qué esperabas? ¿Un palacio para ti? —rezongó el tipo armado.

—No. Sólo esperaba —ser tratado como un ser humano, ocurra lo que ocurra— repliqué. —Que por cierto, aún no sé lo que ello pueda ser.

—¿De veras lo ignora, señor Cosby?

La voz llegó a espaldas mías, junto con el chirrido metálico de alguna puerta. Me volví, haciendo un esfuerzo que arrancó punzadas lacerantes de mi cabeza y, sobre todo, de mi pobre cadera herida.

Era una voz fría y dominante la que había captado poco antes. Una voz que me era familiar. Y que me llenaba de sorpresa.

Vi a la persona que había hablado, y supe que estaba en lo cierto. Contemplé de nuevo aquellos ojos verdes, profundos, aquella melena rubia y suave, aquella belleza insultante y llamativa de la joven Maggie

O’Riordan.

Sólo que esta vez... la Maggie

O'Riordan

con la que me enfrenté en aquella mazmorra, distaba mucho de ser la misma que conociera en la pensión del centro de Belfast.

Cuando menos, aun siendo la misma persona, su apariencia era radicalmente opuesta.

Pero me sirvió para ir entendiendo mejor los insólitos sucesos en que me hallaba sumergido últimamente...

* * *

—Usted... —dije roncamente.

Ella me contempló con ojos penetrantes y fríos. No hubo el menor asomo de sonrisa o de cordialidad en su gesto. Tampoco en el centelleo helado de los bellos ojos verdes, femeninos y enigmáticos.

Era el mismo rostro de la pensión, pero...

Pero ella no parecía la misma. Era como si el «otro yo» de Maggie

O'Riordan

hubiera surgido ante mis ojos, en un mágico desdoblamiento, digno de una filmación cinematográfica, con sus trucajes de laboratorio para transformar a un personaje.

Aquella indumentaria compuesta por una camisa negra, abotonada, en la que aparecía un raro y difícil emblema con una antorcha, un símbolo religioso y un arma de fuego, sobre la bandera del Ulster, el pantalón gris oscuro, las botas negras, lustrosas, el correa y la pistola automática pendiente de su cintura, en funda de piel charolada, la especie de gorro de lana negro que cubría su cabeza, dejando caer rubios cabellos a ambos lados, y, sobre todo, el gesto duro y autoritario de la mujer en esos momentos, hacían de ella una nueva e insólita Maggie

O'Riordan,

que difícilmente podía yo reconocer.

Pero, sin embargo, conservaba su belleza, su atractivo sensual y extraño, su raro encanto físico y su inquietante seducción, como un halo invisible, pero profundamente real.

Solamente un detalle de cierta ternura asomaba a su apariencia dura y acerada, de aristas cortantes: llevaba un pequeño perro de

lanas entre sus brazos, y jugueteaba con él de modo distraído, mientras estudiaba con frialdad a cuantos le rodeaban. Tras ella, iban dos o tres hombres vestidos de guisa parecida a la de ella. Parecían jóvenes, y su ropa daba toda la impresión de ser un uniforme común. Se cubrían todos, el rostro con antifaces de negro tejido mate, hasta los labios.

Ella era la única del grupo en mostrarme su rostro. Pero vi el antifaz en su cintura, colgando de su correa, cuando fijé más la atención.

—Veo que el golpe no fue demasiado serio, después de todo —comentó con ironía casi glacial, entrando en la cámara con su escolta. La puerta se cerró tras de ella.

—Pudo haberme hecho pedazos la cabeza, si se refiere a eso —repliqué con acritud—. Por otro lado, me duele endiabladamente, pero no estoy muerto.

—Si hubiera querido que lo estuviese, hubiese golpeado de otro modo —señaló, sibilante—. Pero antes me interesaba saber algunas cosas por su propia boca. Y los muertos no acostumbran a hablar.

Me rodearon. Aquella gente me recordaba a los fascistas hitlerianos, era inevitable. Quizá era el color negro de sus uniformes, el brillo de los correaes... o el de sus ojos, deshumanizados y llenos de odio.

—¿Ésta es la sala de torturas? —indagué, todavía con cierto sentido del humor.

—No, pero puede serlo —fue su réplica—. Valdrá más que no nos obligue a ello, y confiese todo por sí mismo, Cosby.

—¿Confesar? ¿Qué tengo que decir, para que haya recurrido a estos métodos, señorita

O'Riordan?

Creí que nuestra charla era amistosa, cordial...

—Lo había sido hasta entonces —admitió ella.

—¿Entonces? ¿Cuándo?

—Cuando usted cometió el error de citar su nombre.

—¿Error?

—Debió comprender que las noticias corren en Belfast con rapidez. Y que tenemos nuestros servicios de información. Usted ha pasado de mano en mano en las horas de la noche anterior, apenas llegado a esta ciudad. Sabemos que estuvo en poder de los ingleses, y también con los católicos. No puede negarnos nada, Cosby.

—¿Ingleses... católicos? Creí que hablaba con la sobrina del viejo

Terence, no con una fanática más en esta danza de chiflados ebrios de sangre.

—A veces, todo ello está relacionado entre sí. Entonces comprendí que lo de tío Terence, su visita y todo, eso, no obedecía sino a un plan bien meditado. Es un esbirro de la horda católica del Ulster, un asalariado, uno de esos execrables mercenarios que se venden al mejor postor y hacen la guerra por dinero, sin sentir ningún ideal.

—¿Eso es lo que supone? Señorita

O’Riordan,

le dije la verdad. Vengo de Estados Unidos y...

—Oh, ya sé que viene de Estados Unidos —enroscó cariñosamente sus dedos entre los rizos de su perrillo, juguetona y distraída—. He examinado sus documentos, y no hay engaño en eso. Es demasiado listo para caer en una contradicción tan estúpida, ¿no es cierto, Cosby? Es un mercenario americano, posiblemente un mafioso, inclusive, contratado por los católicos, a través de alguna suscripción pública entre los fieles patriotas irlandeses emigrados a tierras del tío Sam, y fervorosos defensores de los principios católicos de sus compatriotas. ¡Está desenmascarado, Cosby, y no puede hacer nada por evitarlo! Diga lo que es, exactamente, si un pistolero, un asesino a sueldo o un soldado mercenario, pero no me ande con más rodeos, o sentirá en su piel las iras de mi gente, cosa que no le aconsejo en absoluto. La patraña de tío Terence no encaja. No la acepto, Cosby. Un rufián astuto como usted, urdiría algo así para aproximarse, sin despertar sospechas, a una mujer como yo. Maggie

O’Riordan,

la sobrina del viejo Terence, picaría el anzuelo de esa historia fácilmente. Y de ese modo, tendría acceso a una importante miembro de la Juventud Irlandesa Presbiteriana y Libre: a mí, a *Mad Maggie*...

Sus ojos brillaban al llamarse a sí misma como, sin duda, la llamaban todos los protestantes belicistas del Ulster: *Mad Maggie*... «La Loca Maggie». Una locura peligrosa la suya, puesto que era la locura de la guerra, del odio, de la lucha fratricida contra otros irlandeses de los que sólo la separaban conceptos políticos, religiosos y sociales hábilmente manipulados por unos y por otros, en defensa de sus mutuos intereses, en aquella guerra sorda y cruel,

que ensangrentaba el Ulster.

Sentí preocupación por mi suerte. No parecía fácil hacer razonar a Maggie. Y, sin embargo, tenía que conseguirlo. Entre otras cosas, porque su guerra y sus fanatismos me tenían perfectamente sin cuidado, y no quería mezclarme en ellos, a favor o en contra de nadie. Yo lo que quería era cumplir mi parte, y recibir lo que Terence me prometiera: el libro antiguo, que hablaba de una verde y apacible Irlanda...

—Se equivoca totalmente conmigo, Maggie —hablé con repentina rudeza, mirándola torvamente—. Yo no he venido a luchar por nadie, y me tienen sin cuidado sus postulados de odio y de revancha. Se pueden matar todos entre sí, hacerse pedazos y destruir todo lo que tienen, si ése es su gusto. Yo vengo de muy lejos, y muy lejos pienso irme, si me dejan salir con vida el hatajo de chiflados en que están convertidos unos y otros. Pero escuche esto, jovencita Maggie

O'Riordan:

si estoy aquí ahora, es porque un hombre llamado Terence

O'Riordan

me lo pidió en maldita hora, a cambio de un gran favor que me hizo. El moría de su incurable enfermedad, en aquella celda de la Penitenciaría de Sing... Sing en Nueva York, cuando me hizo prometer que vería a su Maggie y le daría lo que a ella perteneciera siempre. Yo sólo he tratado de cumplir esa promesa, con riesgo de mi vida, pisando esta enloquecida tierra, donde unos se matan a otros, y donde los ingleses, árbitros de la cuestión, son asesinados por ambos bandos, y se tienen que limitar a defenderse, matando a su vez a cuantos católicos y protestantes se les acercan con intenciones agresivas. Si todo eso no es un insensato juego de dementes, es que yo no sé lo que me digo. Pero allá todos ustedes con esa diversión tan salvaje, si al menos yo salgo libre del conflicto. Maggie, fui testigo de la masacre de una patrulla inglesa, apenas pisé tierra irlandesa. Estuve herido, a punto de ser asesinado por los mismos guerrilleros y caí en manos de los ingleses, que iban a encarcelarme. Escapé de ellos, para ir a parar a manos de los católicos y de los que difícilmente pude librarme con bien, para inmediatamente, cuando me creía metido en mis propios asuntos, lejos de problemas bélicos, ir a caer, esta vez en manos de los

protestantes ávidos de santa venganza contra las minorías que piden reivindicaciones sociales. Maggie, ¿no pueden olvidarse por un momento de sus cosas, y preocuparse un poco de las mías?

—Habla con tono muy convincente, Cosby, pero no va a convencerme. En todos sus documentos y pertenencias, no hay nada que aluda a los

O’Riordan.

Ni que pruebe su relación con tío Terence. ¿Va a convencerme de que usted estuvo en prisión con él?

—Celda seiscientos doce de Sing... Sing —recité fríamente—. Terence

O’Riordan

aún conservaba su buena voz de bajo, cantando sus baladas irlandesas de la infancia, casi con lágrimas en los ojos. Maggie, palabra que no le engaño. ¿Qué prueba esperaba encontrar en mi poder, que demostrase la verdad de mis palabras?

Ella me miró fijamente. Habló con lentitud, midiendo las palabras:

—Eso... usted bien lo sabe, Cosby —dijo—. Algo que siempre perteneció a mi madre.

Algo que tío Terence había prometido devolverle...

—Está conmigo, Maggie —suspiré—. Pero no donde usted lo buscó.

—Miente, Cosby.

—Le probaré que no es así. También debe saber que su madre debía devolverle algo a él...

—Sólo sé vagamente que se trataba de un objeto sin valor, alguno de los muchos que conservo en mi casa. Si usted sabe tanto sobre tío Terence, debe saber de qué se trata...

—Lo sé —afirmé. Y añadí, sereno—: *El espíritu de la verde Eire*.

Se sobresaltó. No esperaba, sin duda, que yo dijera eso. Me miró, atónita. Fue tal su reacción, que hizo un ligero daño al perrillo, y éste chilló, agitándose en sus brazos. Le acarició con viveza, sin dejar de mirarme.

—¿Por qué dijo eso? —Sonó ahogada su voz.

—¿No lo sabe acaso? Le he citado lo que debe entregarme a cambio de lo que yo le traigo de América. Algo de poco valor material, pero que tío Terence desea que repose con él en su tumba...

—*El espíritu de la verde Eire*... Era eso... —silabeó ella con tono ronco.

—Sí. El libro, Maggie —la miré—. Sabe a lo que me refiero, ¿no?

—Ahora, sí —sus ojos brillaban con una nueva y rara luz—. Ahora sé que no ha mentido, Cosby. Sé que conoció a tío Terence. Sólo él pudo hablarle de ese viejo libro... *El espíritu de la verde Eire*... Dios mío, ¿cómo *no* lo imaginé?

—Bueno, ya lo ha imaginado, y es suficiente —repliqué—. Si eso le convence, suélteme, y le daré lo que he traído para usted. Espero que no se oponga a que el viejo libro repose junto a su tío, en tierra americana...

—No —musitó, moviendo negativamente la cabeza—. No me opongo. Comprendo lo que sentía al pedirlo, pero...

—Pero... ¿qué?

—El libro, Cosby... Ha sido un tremendo error por mi parte.

—¿En qué consiste ese error? —Me inquieté.

—Lo regalé. Hace pocas semanas, regalé ese libro a un muchacho que se apasiona por la vieja poesía irlandesa, Cosby...

—¡Oh, no! —musité, aturdido.

—Lo siento de veras, pero tiene arreglo. Se lo pediré... O le escribiré un mensaje para que él se lo entregue a usted, Cosby. Es un buen amigo, y no dudará en entregárselo si yo se lo pido.

—En ese caso, aún puede arreglarse todo, Maggie. ¿Quiere lo que le pertenece?

—¿Lo... lo lleva acaso consigo? —dudó ella, incrédula.

Asentí. Ella hizo un gesto. Habló a uno de sus acompañantes. Pareció disgustado el que recibía la orden. Insistió en voz baja y, a regañadientes, se acercó a mí, con una llavecita, para soltar mis esposas. El hombre de la metralleta me encañonó, previsor.

—Diga a sus gorilas que no necesitan preocuparse —sonreí—. No soy el tipo que han imaginado.

—Dejadlo —habló Maggie—. El americano no es ningún mercenario. Ha venido para entregarme algo personal. Un mensaje familiar.

Ellos dudaron. Yo la miré, significativo, y Maggie asintió, señalando la puerta.

—Salid —invité—. Necesito estar a solas con él.

—Pero Maggie, nosotros... —comenzó vivamente uno de sus jóvenes esbirros.

—Basta —cortó ella—. Salid. Serán sólo unos minutos.

—No te fíes del americano —le dijo otro, dubitativo—. Puede ser todo parte de un truco.

—Estoy segura de que no. Ya no.

Salieron en silencio, y a disgusto. Nos quedamos solos. Me miró. La miré.

Luego, lentamente, extraje el medallón. Se lo mostré. Ella enarcó las cejas, sin entender.

—Está desmontado —dije—. Por eso no lo encontraba. Mire, Maggie...

Presioné en el dije. Cedió éste, abriéndose. La gema centelleó en la cruda luz vertical de la mazmorra. El hermoso diamante deslumbró a Maggie

O'Riordan,

que lo contempló fascinada. Pero no había codicia ni ambición en su mirada.

—El diamante de los

O'Riordan...

—musitó—. Era el centro de un trébol de oro...

—El trébol no pudo ser salvado por el viejo Terence —suspiré—. Sólo rescató el diamante del que entonces se apoderara, llevándoselo consigo a América.

—Es maravilloso. Debe valer una fortuna..., especialmente en su país. ¿Por qué no se quedó con él, Cosby? Nadie se lo hubiera reclamado jamás.

—No soy de esa especie de hombres, Maggie —me ofendí—. Puedo tener una vida algo turbia, y no haber vivido siempre dentro de la ley, pero de eso a lo que usted dice...

—Perdone —me atajó, con una sonrisa comprensiva—. No debí ofenderle con esas palabras. Cosby, ¿de veras va a hacerme entrega de esa piedra?

—Es suya —la puse en sus manos—. He cumplido mi parte. Estoy en paz con Terence...

Sus dedos se cerraron en torno al diamante, como acariciándolo. Luego, resueltamente, lo guardó en un bolsillo de su camisa. Me miró, pensativa.

—Cosby, tiene que perdonarme —dijo—. El golpe, este lugar... Debí olvidarme, por un momento, de todo lo que me obsesiona. Y pensar que el mundo no se termina en Irlanda y en nuestra contienda civil.

—Por el contrario, Maggie. Viven obsesionados con esa idea. No tienen ojos ni sentimientos más que para eso. Matarse mutuamente, día a día. ¿Qué objetivo tiene?

—Yo no empecé esta lucha. Estoy en ella, y debo seguir.

—Sí, supongo que todos dicen lo mismo. Quizá el problema sea más profundo de lo que yo puedo entender, pero de cualquier modo, no es justo que se prolongue tanto, y corra tanta sangre, Maggie. Pero dejemos el asunto. Es el libro lo que me falta tener ahora, para regresar a mi país y dejarles a ustedes metidos en este caos.

—El libro... No habrá problemas. Ya le dije que lo tiene un amigo, protestante como yo.

—¿Y... luchador, como usted? —Sonreí.

—Todos lo somos —afirmó ella, con una sonrisa algo forzada—. Le daré un mensaje para él. Se llama Kit. Kit Flanagan.

Escribió unas líneas presurosas en un papel, y me lo dio. Entendí el texto, pero terminaba con una frase que quizá era como una contraseña entre ellos, y que no comprendí muy bien ni me esforcé en ello.

Guardé el papel en mi calzado, haciendo un comentario irónico:

—Mientras no me encuentren los católicos, y crean que llevo un mensaje secreto a los protestantes... Son todos ustedes muy suspicaces.

—Tenemos que serlo. El peligro existe siempre. En todo momento y en todas partes, Cosby. Usted, aunque tenga algo de Irlanda en su sangre, desconoce el problema en toda su magnitud. Pretenden arrebatarlos unos privilegios ganados con gran esfuerzo, defendidos heroicamente durante siglos enteros...

—Sí, me está hablando de Guillermo de Orange y de hace cuatro siglos —dije con amargura—. Y de prejuicios medievales, o poco menos. Maggie, creo que a muchos de ustedes se les paró el reloj. Ya no hay cruzadas de ningún tipo. Sólo comunidades que deben vivir en paz y olvidar rencillas dolorosas.

—¿Como los negros y los blancos en su país? —sugirió irónicamente ella.

—Tocado —admití con un encogimiento de hombros—. Tiene toda la razón. Ninguno somos nadie para dogmatizar. Todos cometemos los mismos o parecidos errores, Maggie. Ahora, será mejor que me vaya, si es que me autorizan ustedes a ello...

—Puede salir de aquí, Cosby —asintió ella—. Yo le acompañaré afuera. Le devolverán su maletín, y podrá ir en busca de Flanagan, para recuperar el libro y volver a su país... Y gracias por todo, Cosby. Es usted un hombre íntegro. Un gran hombre. Nadie hubiera traído aquí ese diamante, considerando su valor y sus circunstancias.

—Espero que haya sido para bien, y no sirva para venderlo y obtener dinero para armas, o cosa parecida.

—Le prometo que no. Es un patrimonio de los

O’Riordan,

y entre ellos seguirá siempre. El deseo de tío Terence será respetado, por encima de todo.

Parecía incluso un final feliz. Tal vez demasiado feliz para ser cierto en aquel universo de locos violentos. Apenas habíamos salido de la mazmorra e iniciado la marcha por un corredor, hacia una escalera ascendente, cuando de súbito estalló el infierno en el reducto de los protestantes.

La explosión sonó arriba, virulenta, ensordecedora.

Por el hueco de la escalera, se precipitó sobre nosotros una oleada de fuego, humo, estruendo y cuerpos humanos desgajados, en un caos súbito y brutal.

CAPÍTULO II

Recuerdo borrosamente los hechos.

Sólo sé que, en aquel momento, el corredor se convirtió en una especie de trampa mortal donde podía suceder cualquier cosa.

La explosión era terrible, y su onda expansiva me precipitó a Maggie y a mí contra un muro, violentamente. Su perro aulló lastimeramente, alejándose de sus brazos, poseído por el terror.

La escalera se desmoronaba en parte, rodando por ella fragmentos de sus peldaños, y con ellos los cuerpos de algunos combatientes protestantes, malheridos, desgarrados por la metralla, en una confusión estremecedora de gritos, gemidos y maldiciones violentas. Taponada la salida por el humo, el fuego y los cuerpos humanos en la destrozada escalera, vi cómo se hacía imposible la evasión, y la humareda venía hacia nosotros, envolviéndonos en su acre y peligrosa masa agobiante.

—Vamos, hay que salir de aquí de alguna forma... —murmuré, viendo cómo Maggie llevaba la mano a su pistola, dispuesta a morir matando, si era preciso.

—Debo luchar —habló ella—. Esos malditos y sucios católicos... ¡Nos atacan! ¡Deben ser exterminados sin remedio!

—Maggie, si va hacia allá, no logrará otra cosa que morir asfixiada, como mal menor —le avisé, reteniéndola enérgicamente—. Vea la escalera. Está bloqueada... Y hasta es posible que arrojen algún otro explosivo por ella. Si ello es así, no tendría la menor posibilidad de salir con vida de ese infierno.

—Mi gente me necesita, Cosby —sostuvo ella, enérgica—. Debo ir a reunirme con ellos...

Arriba sonaban disparos nutridos. Entre ellos, ráfagas de metralla y gritos de heridos. La batalla campal debía de ser muy violenta, fuera de aquel recinto.

—Escuche, Maggie, y sea razonable —la zarandeé sin contemplaciones—. Salir por ahí es ir a la muerte cierta. ¿No hay otra forma de salir de esta madriguera?

—Existe un conducto por las alcantarillas, pero eso nos hará perder

tiempo... —musitó ella con expresión crispada, dominada por la furia de la violencia, por su afán de belicosidad.

—Pues perderemos tiempo, pero no iremos a caer en brazos de los que nos conviertan impunemente en una criba, Maggie —afirmé rotundo—. Vamos, indíqueme ese camino. Una vez fuera, no me opondré a que haga lo que quiera con su vida, pero ahora no toleraré que se suicide estúpidamente en esa salida controlada por el enemigo.

—¿Se da cuenta ahora? —masculló, con gesto de fanatismo—. Ellos... Siempre ellos... Salen de sus reductos como alimañas, y golpean siempre por sorpresa... Así actúan siempre.

—No creo que ustedes tengan nada que reprocharles a ellos en ese sentido. Con el agravante de que son más numerosos y gozan de privilegios, Maggie. Si esos privilegios no existieran desde tiempo inmemorial, quizá esta guerra no existiría. Vamos, no hay tiempo que perder. Debemos salir de aquí cuanto antes.

Ella asintió. Alcanzamos el otro extremo del corredor. En vez de entrar en la mazmorra donde yo recuperara el conocimiento, avanzamos hacia otro corredor inmediato, donde el pasillo subterráneo hacía recodo.

A partir de allí, se hacía más oscuro y angosto, hasta terminar en una pared lisa, que contemplé, pensativo. Ella señaló a lo alto.

—Aquella trampa —dijo—. Da a las cloacas de Belfast.

No era un camino muy agradable, pero era mejor que nada. Los peldaños en el muro eran simples salientes de hierro de difícil escalada. Sin embargo, ambos los subimos con rapidez. Maggie había rescatado a su perrito momentos antes, y lo llevaba consigo, bajo un brazo, utilizando el otro para escalar la pared hasta la tapa metálica, que alcé yo, tras varios intentos con los hombros.

Chirrió, desprendiéndose del sucio círculo al que estaba adherida, para mostrarnos el dédalo tortuoso y maloliente de las alcantarillas ciudadanas.

—Vamos, hay que aventurarse —alenté a Maggie, que vacilaba—. Si quiere luchar con los suyos, abandonando esa posible tumba, no perdamos más tiempo...

La tomé de un brazo, llevándola conmigo hacia delante. Nos internamos por las cloacas de Belfast, entre agua fangosa y fétida, ratas y hedores insoportables.

Era un mal camino. Pero cuando menos, era eso: un camino a alguna parte, fuera de aquella oscuridad y aquellos peligros que existían abajo, tras el ataque inesperado de los católicos irlandeses.

Alcanzamos una boca de alcantarilla, y salimos al exterior. Los disparos sonaban a nuestra derecha, no muy lejanos. Se veía resplandor de incendios, y sonaban vidrios quebrándose, entre el tableteo de las armas automáticas en acción.

—Otra noche de sangre en el Ulster —comenté, con un suspiro, mirando alrededor, a las callejas desiertas, abandonadas y oscuras, por las que nadie se atrevía a transitar en las trágicas noches de Belfast.

Maggie buscaba ávidamente el lugar de la batalla. Sus fosas nasales se dilataban, como cuando el animal husmea la caza. Su mano oprimía con fuerza la pistola, ansiando entrar en combate. El perrillo había saltado al suelo, alejándose con pequeños ladridos atemorizados. Evidentemente, el animal intuía el peligro, a fuerza de vivirlo tan de cerca habitualmente.

—Bien —dije—. Aquí se bifurcan nuestros caminos, Maggie.

Ella me miró, impaciente, nerviosa. Asintió, con un raro fuego en sus verdes pupilas. Su seno de mujer atractiva, palpitaba con una pasión que nada tenía de amorosa. Parecía haber nacido para la guerra, no para el amor. Algo en aquel maldito clima de Belfast, de todo el Ulster, embriagaba a sus gentes con la borrachera de la lucha, de la sangre, del odio y de la intolerancia.

Tal vez se habían sembrado demasiadas discordias y diferencias para que ahora no fuera ésa la cosecha maldita que se recogía. Y aún había quienes avivaban ese fuego con inflamadas declaraciones de violencia...

—Sí, Cosby —me dijo con cierta serenidad—. Aquí nos separamos. Le deseo suerte. Una vez tenga ese libro, márchese lejos. Si los católicos le capturasen esta noche, le acusarían quizá de colaborar con nosotros, y le ejecutarían sin contemplaciones. El IRA no perdona a quienes considera traidores.

—Tampoco creo que perdonen sus gentes, Maggie —repliqué con aspereza.

Ella eludió mi mirada, como admitiendo esa circunstancia sin objeciones. Luego, oprimió mi mano. Antes de alejarse hacia él fragor de la batalla nocturna en aquella zona protestante de Belfast,

atacada sin duda por católicos exaltados, en una de las numerosas revanchas mutuas de aquella batalla sin fin, la oí murmurar unas pocas palabras:

—Gracias por todo, Cosby... Siempre le recordaré como a un hombre honrado, íntegro como pocos, sea cual fuere su vida y su pasado... Adiós, amigo. Espero que alguna vez pueda volver a Irlanda... y éste sea ya un país en paz.

Se alejó, dispuesta quizá a luchar por ésa utopía, sin darse cuenta de que ella misma era una más en la eterna discordia humana de aquel país ensangrentado.

Yo di media vuelta, alejándome previsoramente de aquella zona. La noche de Belfast me engulló, lejos del resplandor de las llamas y del estruendo de las armas de fuego.

Pero sabía que, mientras estuviera en el Ulster, era completamente imposible huir del todo a la violencia. Ésta estaba en todas partes, y a cualquier hora. No tardé en comprobarlo así.

* * *

Me detuve, con cierta incómoda sorpresa, frente a la vivienda cuya dirección figuraba en el mensaje que me entregase Maggie O'Riordan.

Aquella era la dirección, ciertamente. Pero la casa de Flanagan, el actual depositario del viejo libro, tenía una curiosa vecindad: examiné la *pub*, abierta todavía, con la luz tras sus cristales amarillos, y el nombre bien visible sobre la fachada: «Fitzgerald *pub*».

La taberna de Fitzgerald... Recordé las palabras de los enmascarados, a mi llegada a Belfast. Y su cita allí, a una determinada hora del sábado. ¿Quizá ahora, cuando todavía no eran las diez de la noche, y ya la capital del Ulster ardía en violencia desatada entre los bandos beligerantes?

Dudé. Esa guerra no era asunto mío. Los católicos, protestantes, los soldados ingleses y los asesinos enmascarados de Lord Dick no eran cosa que me importara. Mi misión era el libro.

Recoger aquel libro de viejos poemas irlandeses, e irme lejos, muy lejos de modo definitivo, antes de que las cosas se complicaran más

para mí. De modo que dejé a un lado la tentación de visitar la taberna de Fitzgerald, de tomar un trago allí y tratar de descubrir si los asesinos enmascarados, los agresores de la patrulla inglesa, tenían en la vieja cantina su lugar de reunión habitual.

Me decidí por Flanagan y su libro. Era lo más sensato.

Un momento después, estaba ante las puertas de la vivienda, de apariencia acomodada y tranquila. Sin embargo, Kit Flanagan debía de ser uno de los camaradas de Maggie, un protestante belicoso. Uno más, entre tantos otros...

Me sorprendió ver que la puerta de la casa se mostraba abierta. En las noches violentas de la ciudad, era lo menos adecuado que podía darse.

Asomé, antes de decidirme a llamar. Estaba seguro de ser mal recibido, hasta que viese Flanagan el mensaje de su amiga Maggie. Vi gente en el interior. Gente agrupada en torno a alguien, y manteniendo el silencio. Había luz en una estancia, justamente allí donde todos se reunían.

Oí murmullos de voces. Era una situación extraña. Me pregunté qué hacían allí todas esas personas, con la puerta de la casa enteramente abierta a cualquiera que pasara. Me adentré, decidido, pasillo adelante, sin que nadie me saliera al paso.

El murmullo de voces se hizo más claro. Eran conversaciones susurradas, comentarios en voz baja. Las personas reunidas eran de ambos sexos, y sumarían quizá la docena. No podía ver qué era lo que rodeaban, en medio de la sala iluminada tenuemente.

Avancé un poco más, y eché una ojeada por encima de las cabezas. Sentí un repentino escalofrío.

—Cielos... —musité—. No es posible...

Lo que rodeaban todos los presentes era... un féretro.

El ataúd se hallaba en mitad de la estancia. Alrededor, la gente velaba el cadáver. No había podido ver aún quién era el difunto, pero ya no tuve miramientos en acercarme más aún y mirar con interés al féretro.

Era un hombre joven. Reposaba, pálido y sereno, pero eran visibles las huellas de destrozos en sus manos cruzadas, en su cuerpo, tapado por una prenda oscura... Había huellas de sangre en su boca y nariz. Y cortes en su frente y mejilla.

Otra víctima de la violencia. Un muchacho apenas... La sola idea de

que pudiera ser la persona que imaginaba, me sacudió con un estremecimiento.

Alguien comentó cerca de mí:

—Pobre Kit... En la plenitud de su vida. Y esos asesinos terminaron con él... Yo pude verles. Eran esos malditos católicos... De los que llevan máscara. Pasamontañas y cosas así, para no ser identificados, los muy...

Pasamontañas...

Recordé a Lord Dick y su gentuza, aquella noche. Para los protestantes, se trataba de asesinos católicos. Para los católicos, al parecer, Lord Dick no existía, o no se había demostrado su existencia lo suficiente. Por tanto, no lo conocían directamente. No era aliado suyo.

¿Qué era realmente aquel individuo del trébol bordado, con sus compinches cubiertos como él por los pasamontañas? ¿Al lado de quién estaba?

Mis ojos seguían fijos en el cadáver. El joven Kit Flanagan, no había duda. Y si alguna hubiera habido, la sola visión de lo que sostenían sus manos, como un objeto para acompañarle a la tumba, me lo demostraba sobradamente.

Un libro...

Llevaba un libro viejo, gastado, de ajadas tapas de piel rojo oscuro, apretado entre sus yertos dedos... ¡*El espíritu de la verde Eire*, sin duda alguna! El libro de Terence

O'Riordan

iba a acompañarle a la tumba...

Yo nada podía hacer por evitarlo.

Y ese libro... ¡ese libro valía para mí, exactamente... doscientas mil libras esterlinas!

CAPÍTULO III

Doscientas mil libras. Seiscientos mil dólares, casi.

Una fortuna. Y la iban a sepultar con aquel joven irlandés muerto en las luchas callejeras de la ciudad enloquecida...

Eso, nadie lo sabía en Belfast. Ni Maggie, ni Irish, ni persona alguna. Yo había entregado el diamante, sí. Pero no había obtenido aún el libro.

El libro...

Recordé las palabras serenas y doloridas del viejo Terence, allá en la penitenciaría, cuando la muerte iba a hacer presa definitiva en él: —Neil, muchacho... Puedes llevar ese diamante... No sientas tentación de quedártelo... Sé que serás honesto y cumplirás mi encargo. Esa piedra no trae suerte, si no está en poder de su auténtico propietario... Devuélvela a mi sobrina. Y a cambio, tendrás tu recompensa. Lo que ellos jamás imaginaron. Lo que han tenido ante sus propios ojos toda la vida, sin saber lo que valía... Yo... yo, muchacho... huí de Irlanda tras otro homicidio que me impulsó a venir a este país... Aquel crimen me supuso un buen botín, pero nunca disfruté de él. La policía me perseguía, y tuve que ocultarlo. Luego, se me presentó la ocasión de huir de Irlanda, y es cuando tomé conmigo el diamante y el trébol de oro de mi sobrina Maggie, para con esa gema llegar a Estados Unidos y disponer de dinero... Ese diamante me proporcionó suficiente dinero, muchacho...

»Pero el destino de los hombres está fijado de antemano, y el mío tenía que ser éste. Volví a matar, esta vez en tu país. No me hubiera importado pagar con la vida. Ya nada rae importa. De todos modos, ahora compareceré ante un Juez superior a todos...

»Este último crimen me permitió recuperar mi viejo diamante... y es lo único que conservo conmigo. No quiero que me acompañe a la tumba, como una maldición, Neil. Ocúpate de él, muchacho...

»Sé que se lo entregarás a Maggie... y a cambio ella te dará el libro. El libro, Neil. Ése es mi premio para ti. Una fortuna que nunca aprovechó a nadie. Un dinero robado hace muchos años, y

escondido en un lugar del Ulster que sólo yo conozco... y sólo el libro puede revelar, después de mi muerte.

»Sí, Neil. Cuando te entreguen *El espíritu de la verde Eire*, busca un determinado poema. Hay algunos subrayados, pero ninguno lo está en rojo, en determinadas líneas. Léidas atentamente, te dirán el sitio donde se oculta el dinero. Te bastará seguir las indicaciones del poema, para poner tus manos sobre esos billetes bien escondidos durante años y años en suelo irlandés, amigo mío... Son doscientas mil libras esterlinas, en billetes legales del Banco de Inglaterra. No dejes que se pudran en la tierra. Recógelas. Son tuyas, Neil, si logras llegar hasta ese tesoro...

Dejé de pensar en ello. La evocación resultaba ahora particularmente dolorosa. Todo terminaba allí. En un funeral imprevisible. Un joven muerto en las calles, se iba a la fosa con el viejo libro que le regalara Maggie. Un libro que valía una fortuna, al margen de su posible valor espiritual para un buen irlandés...

Si intentaba abalanzarme sobre el féretro y arrebatarse el libro, estaba seguro de que más de uno empuñaría un arma, para coserme a balazos. Muchos de los asistentes eran jóvenes camaradas del difunto, muchachos de acción, como el mismo que ahora yacía allí.

Para todos ellos, yo sería un enemigo, un «sucio católico...».

Retrocedí lentamente, dominando mi profunda decepción. Me esforzaba por verle una salida al asunto, por encontrar un medio, el que fuese, de llegar hasta aquel libro, súbitamente inaccesible.

No, no era fácil hallarlo. Nada fácil. Alcancé la calle solitaria sin haber tenido la más mínima idea al respecto. No podía dejar que se enterrase con un hombre el secreto de un tesoro en billetes legítimos, también enterrado desde hacía años, en alguna parte de Belfast o sus proximidades.

Quizá era mi destino, me dije filosóficamente. Nunca tuve nada. Y seguiría sin tenerlo. Adiós, dinero. Mi esfuerzo por cumplir la misión encomendada por el difunto Terence, había sido estéril. Pude cumplir mi promesa, pero no obtener el pago a tantos sinsabores.

Me encogí de hombros. Clavé mis ojos en los vidrios color caramelo de la taberna de Fitzgerald.

Allá los irlandeses con sus problemas. Pero esta vez sí fui hacia la taberna. No para buscar en ella a ningún miembro de la cuadrilla de

asesinos de Lord Dick, sino para tomarme un buen trago, que estaba necesitando con urgencia.

Empujé las vidrieras y entré en el local.

Era una típica taberna irlandesa. La cerveza y el *whisky* corrían con igual profusión, pero sólo cuando estaba lo bastante llena. A estas horas, y con el cariz que tomaba el fin de semana en las calles de Belfast, parecía que escaseaban los clientes para el viejo Fitzgerald.

Sin embargo, allí estaba el más fiel de todos ellos: el viejo Joel Simmons, el hombre capaz de llenarse la barriga de *whisky*, con su roja nariz resoplando, sobre un brazo extendido sobre las tablas.

Le contemplé, divertido. El viejo Simmons estaba ahora mucho mejor allí que danzando por las calles, en su afán patriótico de servir a la causa de los católicos minoritarios. Tenía demasiado alcohol encima para obrar con cautela y prudencia.

—Buenas noches, amigo —me saludó un hombrecillo de boca desdentada y ralos pelos blancos, situado tras el mostrador—. ¿*Whisky* o cerveza?

—*Whisky* —pedí—. Y doble.

Me lo tomé de un trago y pedí otro. Lo estaba necesitando. Me miró, dubitativo, sirviéndome. Sonreí, moviendo la cabeza.

—No tema, no soy como Simmons —dije—. No voy a emborracharme.

—¿Conoce al viejo barril de *whisky*? —rió Fitzgerald. Le miró, risueño—. Ya llegó borracho hace un rato.

Parecía que no le cabía una gota más en el cuerpo... ¡y se ha tomado otra botella entera, el muy borracho! Sólo Joel Simmons es capaz de una cosa así, amigo.

Asentí, paladeando con mayor lentitud mi segundo *whisky*. Pagué, mirando en torno a la larga y desierta taberna. Muy lejano, llegaba allí el eco de disparos aislados en la noche.

—¿Siempre hay tan poca gente en su taberna? —indagué.

—A estas horas, y cuando hay disparos por ahí, sí —declaro Fitzgerald de mala gana—. Es fatal para el negocio. La gente no se atreve a salir de casa, por miedo a los católicos, a los protestantes, a los ingleses...

—Sí, entiendo —miré el reloj de pared—. ¿Va a tener mucho tiempo abierto aún?

—Ya tenía que haber cerrado cuando sonó esa explosión en alguna

parte, no demasiado lejos de aquí —refunfuñó Fitzgerald—. Quise aprovechar el sábado, pero creo que es un mal fin de semana el que me toca... Otro más, ¡qué vamos a hacerle! Cerraré dentro de diez minutos. No quiero correr el riesgo de que se entable la batalla aquí dentro.

—¿Ha ocurrido alguna vez?

—Sólo una, y me dejaron todo destrozado. Por fortuna, no se ha repetido el hecho. Pero uno nunca se siente a salvo de un explosivo de los terroristas, y cosas parecidas. Mala cosa es esta guerra, amigo. Igual salta por los aires un supermercado, que un club de baile, lleno de gente. Las tabernas no son ninguna excepción, ni mucho menos.

—Entonces, voy a dejarle tranquilo, amigo —sonreí—. Ya me marchó. Por mí, puede cerrar enseguida.

—Palabra que lo haré —resopló, mirando al inmóvil Simmons—. Lo peor es ése... No sé cómo voy a sacarle...

—Yo le ayudaré —reí de buena gana—. Sería imposible mover un tonel así sin ayuda...

Ambos reímos de buen grado, y el viejo Fitzgerald salió de detrás del mostrador para ayudarme. Por suerte para nosotros, en ese momento se abrieron las puertas y entraron dos individuos jóvenes, sin armas, charlando animadamente. Fitzgerald les miró, receloso.

—Lo siento, muchachos —dijo—. Voy a cerrar.

—¿Ni siquiera puede servirnos un *whisky*? —se quejó uno de ellos.

—Está bien: uno solo —me miró, ceñudo—. Luego, se irán de aquí, y cerraré. Bueno, usted y yo vamos a mover de ahí a Simmons...

—Eh, el viejo borrachín —rió uno de los recién llegados, señalando al adormilado Simmons—. Deje, Fitzgerald. Nosotros nos lo llevaremos al salir. Vive cerca de nuestro camino, y no nos costará llevarle a casa, para que duerma la borrachera.

Así me libré de la carga del viejo Simmons. Salí a la calle, alejándome de la taberna. Apenas había doblado la esquina inmediata, supe que había cometido un grave error.

—Es mejor que no intente escapar esta vez, Cosby —dijo fríamente la voz del mayor Nichols.

Y dos armas automáticas se apoyaron en mi pecho, bajo la mirada hostil y decidida de dos soldados británicos, surgidos de la sombra.

El *jeep* comenzó a rodar con nosotros cinco. Delante, iba Nichols con el chófer uniformado. Detrás, los dos soldados y yo en su centro, inmóvil bajo la amenaza de sus armas.

La fuga era totalmente imposible, y ellos lo sabían. Yo también.

—Tarde o temprano, tenía que caer en mis manos, Cosby —dijo Nichols sin volverse siquiera hacia mí—. Fue una tontería escapar.

—Empiezo a creer que sí —suspiré—. ¿Adónde me lleva ahora?

—Adonde debía estar: a prisión, Cosby. No quiero más problemas de los que ya tengo en mis manos. Sé que ha estado mezclado con católicos y protestantes, y que todos piensan que usted es un mercenario o cosa parecida. No sé si aciertan, pero voy a ponerle fuera de circulación, hasta que sepa, exactamente, qué diablos pinta usted en todo este asunto, y qué vino a hacer realmente en Belfast.

—Si se lo digo, no lo creería —reí entre dientes, de buena gana.

Pasamos con el *jeep* por delante de la taberna de Fitzgerald. En ese preciso momento, los dos jóvenes salían del establecimiento con el borrachín entre ellos, bailoteando de modo grotesco. Pese a ello, creo que sus ojillos azules me vieron, cuando el vehículo militar desfiló ante ellos, y me reconocieron, a través del velo turbio de la bebida.

Seguimos adelante, por las desiertas calles de Belfast, en dirección al edificio del cuartel militar, donde sería encerrado, a la espera de lo que el mayor Nichols resolviera hacer conmigo.

—¿Ha descubierto algo nuevo sobre Lord Dick? —me interesé de repente.

Me fulminó con la mirada, girando la vista atrás.

—No —dijo, de mala gana—. ¿Y usted?

—He descubierto algo muy raro: los católicos no creen en él. Y los protestantes suponen que es un asesino alineado con el enemigo. En suma: no parece colaborar directamente con nadie, sino trabajar por su propia cuenta. Raro, ¿no?

—¿Por qué había de serlo? Esta ciudad está llena de diferentes grupos combativos.

—Pero todos están bien definidos —señalé.

—¿Y Lord Dick no?

—No. El, no. Nadie sabe si es católico o protestante, amigo o

enemigo de unos y de otros. Usted, personalmente, ¿qué opina?

—No sé qué pensar. Es un asesino que odia a los ingleses, por encima de todo, diría yo —fue el comentario del militar británico.

—Sí, eso he podido advertirlo. Pero ¿por qué? ¿Es un nacionalista al margen de partidos políticos y religiosos?

—Pudiera serlo, Cosby. ¿Por qué le preocupa a usted ese individuo?

—Porque tenemos una cuenta pendiente. Y porque no veo claro su papel en todo esto. Me pregunto si..., si además de odiarles a ustedes, los soldados ingleses..., no estará intentando algo más. —
¿Cómo qué?

—Como... excitar más y más a unos contra otros. Es decir, ataca indistintamente a católicos y protestantes, utiliza diversas personalidades con sus hombres, para espolear los ánimos y provocar mayores crisis... En suma, él es la chispa que prende la mecha.

—¿Con qué objeto haría todo eso?

—Ya se lo he dicho: sublevar los ánimos, enconar la guerra civil, acaso provocar el estallido definitivo, la contienda abierta y oficial...

—Pero ¿por qué, Cosby? —insistió el militar.

—No sé. Tal vez odio, tal vez dinero, afán de lucro...

—¿Lucro? No lo entiendo. ¿Por parte de quién?

—En toda posible guerra hay siempre intereses en juego: armamentos, dinero, políticas y bazas de prestigio y de poder... Alguien puede tener mucho interés en que esto se haga definitivo y estalle la conflagración en todo el Ulster, abiertamente. Ese Lord Dick puede ser... el catalizador que provoque el caos definitivo. Y alguien, posiblemente los intereses creados internacionales que mueven ciertas guerras... son los que están detrás y pagan a su agente, mayor.

—Es una idea muy plausible, Cosby —declaró para mi sorpresa el mayor, mirándome con repentino interés—. Le confieso que he sospechado algo así en varias ocasiones, y lo rechacé por improbable. El hecho de que usted coincida ahora conmigo, me hace reconsiderar la cuestión y verla bajo otro prisma... Sí, puede haber una tercera fuerza, de vulgares delincuentes o ejecutores a sueldo, que enciendan la mecha de la guerra civil en el Ulster. Alguien que no sirve a católicos ni protestantes, y que emponzoña

los respectivos criterios de ambos, lanzándoles a la lucha declarada. Hablaremos de eso más adelante, Cosby, cuando...

Habíamos entrado en otra calle, corta y estrecha, y entonces sucedió.

Delante nuestro se hallaba detenido un viejo automóvil negro, que reconocí en el acto.

Grité, mientras el soldado del volante frenaba el vehículo:

—¡Cuidado! ¡Ese coche...! ¡Es de la pandilla de Lord Dick...!

Inmediatamente, el coche negro reventó, en medio de una llamarada terrorífica, y sus hierros retorcidos su fuego estruendoso, nos alcanzó de lleno, lanzando el *jeep* por los aires, incendiando su combustible, y estrellándonos contra un muro.

Todavía ensordecido por el estruendo de la explosión, viéndome rodeado de cuerpos ensangrentados, que habían protegido el mío con su propia humanidad, salí desesperadamente de debajo del *jeep* volcado, sintiendo correr mi propia sangre por rostro y cabellos.

Era inútil hacer nada por los soldados. Los tres estaban destrozados, mutilados, agonizantes o muertos.

En cuanto al mayor Nichols, le vi con la sangre brotando de su pecho

y' brazo,

pero lleno de vida, aunque aprisionado por el cadáver del chófer y el parabrisas del vehículo volcado.

Ardía el *jeep* violentamente, y no tardaría en estallar, pero yo no podía dejar allí al mayor Nichols, expuesto a tan espantoso final. De modo que, suicidamente, forcejeé con el vehículo y con el soldado muerto, tirando a mi vez de Nichols con todas mis fuerzas.

—Deje... déjeme... —jadeó el militar, mirándome—. No se arriesgue... Salve su vida... Esto va a estallar de un momento a otro...

Asentí, sin cejar en mi forcejeo desesperado, iluminado de modo dantesco por las llamas. Logré al fin apartar el cuerpo del soldado. Un esfuerzo más, y el mayor estaría liberado de su cepo de muerte. Logré finalmente quebrar los vidrios del parabrisas y doblar su soporte, dejando un hueco por el que tiré rabiosamente del herido. Nichols se aferró a mí, logrando salir definitivamente.

Luego, cargué con él en brazos, en un esfuerzo titánico, y eché a correr como un desesperado, arrojándome de bruces al suelo con mi

carga, apenas doblé la inmediata esquina...

Fue todo muy oportuno, realmente providencial.

Apenas hice todo eso, el estallido formidable del *jeep*, al hacerse añicos, conmovió la calle de Belfast y la noche toda. Los fragmentos de metal desgarrado, las pavesas llameantes, volaron por los aires, rebotando en la esquina del edificio y sobrevolando nuestras cabezas.

Finalmente, se calmó todo, reinó el silencio, y alcé mi cabeza, oyendo crepitar los restos del vehículo destrozado, más allá de mi visual.

—Bien, mayor —musité—. Todo ha pasado. Usted y yo, cuando menos, hemos salvado el pellejo por esta vez...

—De poco va a servirles a ambos —dijo la voz a mi espalda—. Total, para ser acribillados ahora mismo a balazos..., no valía la pena de tanta heroicidad, Cosby...

Nos volvimos, con sobresalto, sin movernos del suelo.

Allí estaban los hombres del pasamontañas sobre la cabeza y rostro. Eran tres. Acababan de abandonar una motocicleta con sidecar, de gran potencia, con la cual, sin duda, habían venido en pos del coche, a la espera de que, en su trayecto habitual, se encontrase con el automóvil parado, y de algún modo accionase el artefacto dispuesto en su interior.

El hombre del trébol bordado sobre la lana, y dos de sus esbirros. Todos armados con metralletas asestadas sobre nosotros.

—Lástima... —oí murmurar a Nichols con muy británica flema—. Su heroicidad, amigo Cosby no ha servido de nada esta vez...

Lo peor es que yo estaba de acuerdo con él.

CAPÍTULO IV

—Espere —dije al siniestro Lord Dick—. ¿No hay solución posible a esto? ¿Debemos morir necesariamente ambos?

—Necesariamente, sí —afirmó el enmascarado fríamente—. Es mi sentencia. La muerte del mayor provocará la ira de los soldados ingleses.

—¿Y mi muerte? —objeté—. Soy ajeno a todo este asunto suyo, Lord Dick...

—Veo que conoce bien mi apodo —rió huecamente la voz del enmascarado—. Usted ha tenido contacto con ambos bandos, y los dos se acusarán mutuamente de su asesinato. Puede ser productivo para mí.

—De modo que mis sospechas eran ciertas —mascullé, entre dientes, mirándole.

—¿Qué sospechas, Cosby? —Se intrigó el enmascarado, sin dejar de encañonarnos.

—Las que despertó usted en mí. Es un asalariado de terceras personas, interesadas en provocar el conflicto abierto en el Ulster. Ni católico ni protestante. Juega con ambos bandos y con sus motivaciones, eso es todo. Es usted despreciable. Porque sin duda trata con ambos bandos, ellos no creen que usted sea un traidor..., pero lo es. Engaña a ambas partes. Y creo saber quién es. La única persona capaz de no despertar sospechas. La única a quien ambos bandos miran con simpatía. La persona que, disimuladamente, se reúne con sus esbirros en la taberna de Fitzgerald..., fingiendo que le ayudan a volver a su casa. ¿No es cierto, viejo borrachín, amigo Joel Simmons?

Lord Dick soltó una imprecación bajo su pasamontañas, y alzó el arma automática para barrernos.

—Demasiado listo, Cosby —masculló—. ¡Buen viaje tengan ambos a la eternidad...! Las tres armas automáticas iban a barrernos en ese momento, sin remisión posible.

Nichols y yo sabíamos que nada podía salvarnos en ese instante. O si acaso, un auténtico milagro, en todo caso...

Y el milagro se produjo.

Surgió de la noche, de la oscuridad, a espaldas y a ambos costados del trío de asesinos enmascarados. Se materializó en forma de varias personas provistas de fusiles ametralladores. Personas que me resultaron familiares...

No hubo intercambio de palabras. Sabían que hubiera sido inútil y quizá de trágicas consecuencias para ellos mismos y para nosotros.

Antes de que Lord Dick y sus dos esbirros disparasen sobre nosotros, llamearon, rabiosamente activas, las armas automáticas de nuestros providenciales salvadores.

La noche se llenó de salivazos de fuego, estampidos ásperos, un tableteo furioso y continuado, que sembró de sangre y de muerte la calle mojada de Belfast.

Los tres cuerpos, como auténticos peles, iniciaron un siniestro bailoteo de muerte, bajo el alud estremecedor de balas. Eran cientos de proyectiles haciendo blanco en unas fisuras ya indefensas, sacudidas por el impacto repetido de las balas.

Cuando cayeron al asfalto, ante nuestros dilatados ojos, nadie hubiera podido reconocerles, tal era el destrozo efectuado sobre sus cuerpos. La sangre corrió, mezclándose con los charcos de lluvia.

—Dios mío... —musitó Nichols—. Cuánta tragedia...

—Era lo mismo que nos estaba destinado a nosotros, mayor —susurré jovialmente—. Parece que nos han ayudado muy a tiempo...

—Sí, pero ¿quiénes? No son mis hombres...

—No, no lo son. Visten ropas oscuras. Son irlandeses, guerrilleros o como se les quiera llamar... Y creo conocerlos, mayor.

—¿Son... protestantes?

—No. Esta vez, debe usted la vida... a los católicos —reí de buen grado.

Se aproximaban ya a nosotros, humeantes sus armas. Reconocí a Kirk Moran, a los demás... Y, sobre todo, a Irish. La dulce y hermosa Irish, con *su* negra boina sobre los rojos cabellos. También su metralleta humeaba, tras el tiroteo.

Me miró, con profunda expresión.

—Esta vez, pude hacer algo por ti —murmuró—. Me alegro de ello. Oí lo que hablabas con Lord Dick. ¿Es posible que él... fuese... fuese

Simmons?

—Lo comprobarás cuando le quites la máscara —suspiré—. Los que le acompañan son los mismos muchachos que fingieron sacarle hace poco de la taberna de Fitzgerald, amistosamente. En realidad, era la cita convenida. Se reunían de ese modo, y nunca despertaban sospechas. Simmons cobraba de alguien, de alguna asociación extranjera, interesada en hundir los intereses británicos en el Ulster, y de provocar la guerra civil, a largo o corto plazo. Todos confiabais en Simmons, recuérdalo. Nadie sospechaba de él, nadie le hacía mucho caso tampoco. Era lo ideal para un hombre de su astucia. Representaba un papel, eso es todo. Por ello podía traicionar a todos a la vez, y aprovecharse de cuanto sabía.

—Simmons, el viejo borrachín... —repitió Irish—. Resulta increíble, Cosby.

—Pero es la verdad. Lleva un calzado especial, que le hace parecer más alto. Nunca estaba totalmente borracho, seguro. Lo fingía solamente, y bebía mucho menos de lo que aparentaba. Esta noche, apenas cruzamos con el *jeep* ante él y sus esbirros, nos siguieron en su motocicleta hasta el lugar previsto para destruir otra patrulla inglesa...

—Ya lo ve, mayor —dijo Kirk—. Hay gente peor que nosotros...

—Lo que hace falta es que todos depongáis las armas, y os deis cuenta alguna vez del polvorín que tenéis bajo los pies —señaló amargamente Nichols—. Es posible que nosotros, los ingleses, no seamos perfectos en tratar los problemas del Ulster, pero ¿es una solución la violencia?

Irish se encogió de hombros. Miró a todas partes, recelosa.

—La respuesta es difícil, mayor —dijo—. Y no está en mí dársela. Personalmente, empiezo a sentirme un poco harta de todo esto. Pero no soy yo sola quien lucha... Ahora, debemos irnos. Cuando lleguen sus hombres, peligran nuestras vidas...

—No, esta vez, no —rechazó vivamente el mayor Nichols—. Os concedo una tregua.

Es lo menos que merecéis por vuestra acción.

—Intervinimos por salvar a Cosby, no a usted, mayor —dijo con crudeza Kirk Moran.

—Es igual —sonrió el militar—. El hecho es que les debo la vida a Cosby y a ustedes. Durante varias horas, pongamos durante toda

esta noche, habrá tregua entre ustedes y nosotros. Sería quizá constructivo discutir algunas cosas. Yo hablaría luego con el Gobierno de Su Majestad, exponiéndoles sus conclusiones personales...

En cuanto a Cosby, supongo que necesitará descanso, después de un fin de semana tan agotador. No tiene que temer nada. No le encarcelaré. Y resolveré su situación anormal, con las autoridades irlandesas.

—Conforme, mayor —acepté. Miré a Irish—. También a mí me gustaría hablar contigo, en esa tregua, Irish Tyrone...

—¿Conmigo? —se sorprendió ella—. ¿De qué?

—De algunas cosas, como... el fin de mi aventura —reí de buen grado.

* * *

—¿Qué piensas hacer al respecto?

—Nada. Dejarlo todo tal como está.

—Eso no es posible. Ese libro... significa mucho dinero.

—Irish, he llegado a una conclusión: es dinero manchado de sangre, producto de un viejo crimen cometido por Terence O'Riordan.

Creo que será mejor que siga donde está, enterrado para siempre. Y que el libro sea enterrado también con ese muchacho, Flanagan, víctima sin duda de esta guerra estúpida... o quizá de una de las criminales emboscadas de Lord Dick.

—Pero era la gran ocasión de tu vida, quizá tu futuro, Cosby...

—Por supuesto. Y podría significar también un arsenal de armas, para cualquiera de vosotros que se apodera de ello. Solamente tú, Irish, conoces este hecho y puedes aprovecharte de él, en favor de tu bando y de tus ideas.

—¿Por qué me lo has contado entonces, si crees que puedo aprovecharlo luego en beneficio de nosotros, la minoría católica del Ulster?

—No sé. Quizá porque me inspiras confianza, al margen de tu vida como luchadora y combatiente de una causa que no sé si ganará o perderá esta batalla, pero que derramará tanta sangre como la causa opuesta.

—¿Confianza... como persona, quieres decir?

—Y como mujer —asentí, despacio, mirándola profundamente a los pardos ojos brillantes.

—Como mujer... —suspiró ella. Meneó la cabeza despacio, en sentido negativo—. A veces, incluso llego a olvidar que soy realmente una mujer. Ya, ni el sexo cuenta cuando una se ve metida en esta vida de constante azar, de pugna, de peligro...

—No es la más adecuada para una mujer, Irish.

—Tal vez no, pero... ya es tarde para volver atrás, Cosby.

—¿Tarde? —Sonreí. Moví negativamente mi cabeza—. No, Irish. No es tarde nunca.

Sólo hace falta querer realmente cambiar de camino.

—¿Adónde iría yo? Soy irlandesa. Y católica. Debo luchar por lo que creo justo.

—Se puede luchar, pero con otras armas que no sean la metralleta, la granada de mano o la pistola —repliqué—. Los pueblos civilizados tienen otros medios para exponer sus problemas y tratar de resolverlos. No estamos ya en tiempos de Guillermo de Orange, Irish.

—Eso, díselo a los de Ian Paisley.

—A ellos, y a vosotros. Y a todo el mundo. Lo que quiero es ser escuchado, Irish.

Cuando menos, no por todo el Ulster. No aspiro a tanto, la verdad.

—¿Por quién, entonces?

—Por ti, cuando menos.

—¿Por qué por mí? Apenas nos conocemos tú y yo, Cosby.

—Pero te he tomado un extraño y súbito afecto, Irish. Quisiera..., quisiera verte libre de este ambiente, de esta tensión. Lejos de toda violencia... para siempre.

—Eso no puede ser, Cosby. No hay solución.

—La hay, Irish —paseé por la amplia sala del cuartel general de las tropas inglesas, donde estábamos ahora, disfrutando de la tregua concedida graciosamente por el agradecido mayor—. Hay una solución.

—¿Cuál?

—Salir de Irlanda. Y volver cuando todo sea diferente y mejor.

—¡Salir de Irlanda! —Abrió mucho sus ojos, mirándome—. Cosby, ¿y adónde iría yo? No he salido nunca de mi país...

—Va siendo hora de que lo hagas, y veas que el mundo no es sólo el Ulster y su lucha medieval entre dos facciones fraternas.

—¿Adónde podría ir?

—A... Estados Unidos, pongamos por caso —sugerí.

—Oh, no —me miró, riendo—. ¿Qué haría allí? No conozco a nadie, no tengo medios...

—Irish, podrías ir... como señora Cosby —fue mí oferta.

—¡Neil Cosby! —reveló enorme asombro—. ¿Te has vuelto loco? ¿Yo... tú esposa?

—¿Por qué no? —Sonreí.

—Pero..., ¡pero si apenas nos conocemos! —protestó ella—. Somos dos desconocidos... —Es como una hermosa aventura. Tratemos de conocernos. De vivir en un mundo mejor, Irish.

—Cosby, olvidas algo: no tenemos un solo dólar. No creo que seas rico...

—¿Rico? Ya conoces mi vida: aventuras, viajes, a veces vivir al margen de la ley... Todo eso cambiaría. Sería un hombre diferente, Irish.

—Pero sin medios.

—Hay trabajos, hay cosas que hacer... Sólo basta desearlo, intentarlo todo. Por otro lado, se me ocurre algo.

—¿Qué, Neil?

—Podemos informar a la policía irlandesa de lo relativo al libro que tiene Flanagan en sus manos. Se podrá extraer la información y dejarle luego el libro en el ataúd. Buscar ese dinero, y recuperarlo para la ley irlandesa, como corresponde.

—Y eso, ¿qué significa para ti?

—Una recompensa oficial. Un porcentaje sobre el total. Suficiente para iniciar algo en América.

—Oh, Neil, ¿pero hablas en serio? Es demasiado arriesgado. Sin conocerme...

—Tampoco tú me conoces a mí. Y nunca fui un tipo demasiado recomendable. Pero sé cambiar si tengo algo en la vida que me de estímulo suficiente, puedes creerlo. Irish, por última vez: ¿qué decides? Elige entre Irlanda... y yo.

Irish meditó unos momentos. Entraba el mayor Nichols en la estancia cuando se decidió:

—Está bien, Neil Cosby. Es una maravillosa locura, pero... iré

contigo a los Estados Unidos, convertida en la señora Cosby. Y que Dios nos ayude...

—Les felicito —sonrió el militar inglés—. Y estoy seguro de que les ayudará en todo lo posible... Irish Tyrone, creo que lo más acertado que hizo en su vida, es abandonar este infierno, y esperar a tiempos mejores lejos de aquí... Cosby, llévesela consigo antes de que cambie de idea.

—Lo haré así, señor —sonreí—. Mañana mismo, domingo... habrá terminado mi *weekend* en el Ulster...

* * *

Así fue.

El Gobierno irlandés nos resolvió los problemas de la partida, gracias a la inestimable colaboración del mayor Nichols.

Posteriormente, recibimos el veinte por ciento de la suma rescatada, en un lugar de la costa de Irlanda del Norte, cantada por los subrayados poemas de *El espíritu de la verde Eire*. Exactamente cuarenta mil libras esterlinas, de un viejo dinero rescatado para el Tesoro del Ulster, Cuarenta mil libras, eran casi ciento veinte mil dólares. Suficiente dinero para empezar una nueva vida en América...

* * *

No tengo queja de ella.

Es una nueva y hermosa vida. Irish también es feliz. Añora un poco a su querida Irlanda, pero no sus luchas fratricidas y sangrientas.

Ella confía ahora, como yo mismo, que pronto impere la cordura y el buen juicio en el Ulster, y todo eso no par a de ser ya sino una pesadilla sangrienta, olvidada por todos. Sé que va a ser difícil. Sé que continúa el terrorismo en Irlanda del Norte, pero... la esperanza no puede perderse nunca. Y menos, para una irlandesa, y un descendiente de irlandeses.

A veces pienso que esta vida es mucho más aburrida que la que antes llevó Neil Cosby.

Pero luego me digo que vale la pena vivir así, cuando uno tiene en

su hogar, esperándole amorosa, a una linda pelirroja llamada Irish.
Una esposa que lo representa todo, o casi todo.
La vida misma. Y todas sus promesas.

FIN



Juan Gallardo Muñoz, nacido en Barcelona en 1929 y fallecido el 5 de febrero de 2013, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal.

Sus primeros pasos literarios fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su entrada en el entonces pujante mundo de los bolsilibros fue a consecuencia de una sugerencia del actor George Sanders, que le animó a publicar su primera novela policíaca, titulada *La muerte elige*, y a partir de entonces ya no paró, hasta superar la respetable cifra de dos mil volúmenes. Como solía ser habitual, Gallardo no tardó en convertirse en un auténtico todoterreno, abarcando prácticamente todas las vertientes de los bolsilibros —terror, ciencia-ficción, policíaco y, con diferencia los más numerosos, del oeste—, llegando a escribir una media de seis o siete al mes, por lo general firmadas con un buen surtido de seudónimos:

Addison Starr | | Curtis Garland (y también, Garland Curtis) | | Dan Kirby | | Don Harris | | Donald Curtis | | Elliot Turner | | Frank Logan | | Glenn Forrester | | John Garland (a veces, J.; a veces, Johnny) | | Jason Monroe | | Javier De Juan | | Jean Galart | | Juan Gallardo (a veces, J. Gallardo) | | Juan Viñas, | | Kent Davis | | Lester Maddox | | Mark Savage | | Martha Cendy | | Terry Asens (para el mercado latinoamericano, y en homenaje a su esposa Teresa Asensio Sánchez) | | Walt Sheridan.

Fuera ya de los bolsilibros también abordó otros géneros diferentes, tales como libros de divulgación sobre diversos temas —brujería, música, póker—, cuentos infantiles u obras de teatro, e incluso fue guionista de cuatro películas: No dispare contra mí (José María Nunes, 1961); Nuestro agente en Casablanca (Tulio Demichelli, 1966) exhibida, además de en nuestro país, en Italia y en Estados Unidos; *Sexy Cat* (Julio Pérez Tabernero, 1973) y *El pez de los ojos de oro* (Pedro L. Ramírez, 1974).

Durante muchos años publicó libros en todas las editoriales de literatura popular desde mediados de los años 50 hasta principios de los años 80, en la que desapareció la editorial Bruguera. Esto no quiere decir que Juan Gallardo haya dejado de escribir ya que, a diferencia de otros antiguos compañeros suyos, ha mantenido hasta hoy una envidiable actividad creativa aunque, lógicamente, enfocada ya hacia otros géneros. En la base de datos del

ISBN

aparecen registradas novelas suyas del oeste, publicadas por Astri y Ediciones B, al menos hasta el año 2000, y en 2002 Astri le dedicó en exclusiva la colección Piratas, encuadrada el antiguo género de corsarios. Desaparecida también esta editorial Gallardo pasó a colaborar con Dastin, vínculo que se mantiene hasta el presente. De esta reciente etapa datan siete biografías de mexicanos ilustres, diez adaptaciones de clásicos juveniles, un Diccionario de biografías de grandes figuras de la historia y, con motivo del IV centenario del Quijote, una adaptación juvenil de la obra de Cervantes. Escribió asimismo un par de novelas históricas serias tituladas *La conjura* (2009) y *La clave de los evangelios*. En Morsa ha publicado *La noche de América agonizante* y su autobiografía, *Yo, Curtis Garland*.

Notas

[1] Irish es un nombre femenino inglés. Pero también significa «irlandés» o «irlandesa», utilizado como sustantivo o calificativo.

< <